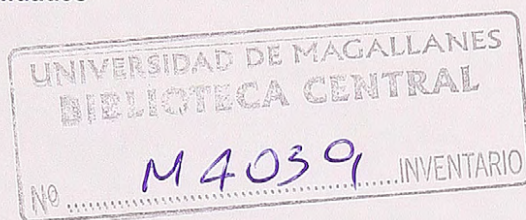




Universidad de Magallanes
Facultad de Humanidades, Cs. Sociales y de la Salud
Departamento de Educación y Humanidades



Trabajo de titulación para optar al título de Profesor de Historia y Ciencias Sociales

**Título: "Medicina, salud e higiene de
los aborígenes de Fuego-Patagonia"**

**De: Carlos R. Vega Cacabelos
Profesor guía: Sergio Lausic Glasinovic**

**Punta Arenas
Región de Magallanes y Antártica Chilena
Año 2006**

ÍNDICE

I.-	INTRODUCCIÓN	4
II.-	CRÍTICA DE LAS FUENTES.....	6
III.-	LOS ESPACIOS GEOGRÁFICOS.....	10
IV.-	GENERALIDADES DE LOS INDÍGENAS	
	PATAGÓNICOS-FUÉGUIDOS.....	14
	i. AÓNIKENK.....	14
	ii. SELK'NAM Y HAUSH.....	17
	iii. YÁMANAS.....	21
	iv. KAWÉSQAR.....	26
V.	SALUD E HIGIENE.....	30
	i. AÓNIKENK.....	30
	ii. SELK'NAM Y HáAUSH.....	39
	iii. YÁMANAS.....	53
	iv. KAWÉSQAR.....	67
VI.	EL CHAMANISMO.....	73
VII.	LAS ENFERMEDADES.....	97
VIII.	LAS PLANTAS MEDICINALES.....	109
	i. AÓNIKENK.....	109
	ii. SELK'NAM Y HáAWS.....	111

	iii. YÁMANAS.....	117
	iv. KAWÉSQAR.....	121
IX.	LA MUERTE.....	127
X.	CONSIDERACIONES FINALES.....	129
XI.	BIBLIOGRAFÍA.....	132



Mujeres y niño selk'nam.

I. INTRODUCCIÓN

Tenemos una deuda histórica con los aborígenes patagónico-fueguinos, que aún no ha sido saldada, al no considerarse el saber que atesoraron y cultivaron por miles de años. Estos saberes, que, poco a poco, han sido reconocidos y revalorados cultural, legal y socialmente, fueron construidos a través de un conocimiento propio e históricamente válido, apropiado a nuestro clima y recursos naturales disponibles, lo que armonizaron con la naturaleza.

Dentro de este conjunto de conocimientos, he considerado importante rescatar, adecuándome a las posibilidades que otorga el material bibliográfico, las prácticas relacionadas con la medicina, salud e higiene de cada etnia aborígen de Fuego-Patagonia.

Luego de examinar la amplia bibliografía, es fácil darse cuenta que el tema no está agotado, pues existen cientos de trabajos relacionados que no están al alcance del vulgo y, menos aún, agrupados en una publicación aborde sus aspectos más relevantes.

Esta investigación, intitulada “Medicina, salud e higiene de los aborígenes de Fuego-Patagonia”, pretende, junto a lo mencionado anteriormente, desentrañar a través de las fuentes existentes, entre otras, las siguientes dudas: ¿Cómo afectaron las condiciones climáticas a los milenarios aborígenes de

Fuego-Patagonia? ¿Qué consecuencias trajo la llegada del hombre blanco? ¿Qué usaban los aborígenes en caso de enfermedad? ¿Las prácticas chamánicas pueden ser consideradas válidas y respetables? ¿Porqué han sido injustamente olvidadas, marginadas y subvaloradas?

Y frente a todas estas interrogantes, comienzo de la siguiente premisa: La medicina perdida en Fuego-Patagonia estaba basada en la búsqueda no sólo de conocimientos y soluciones prácticas, sino, especialmente, de la sabiduría, porque fueron medicinas fundadas en la cosmovisión de sus habitantes y en la armonía que originariamente se unía el hombre con la naturaleza.

Pretendo proporcionar nuevos antecedentes que permitan recrear adecuadamente la medicina salud e higiene de estos pueblos y a la vez justificar y reconocer el carácter sabio, base primordial de la medicina, que se ha ido extinguiendo y de la que tenemos mucho que aprender.



P'aAcheck (chato de trasero) con su familia.

II. CRÍTICA DE LAS FUENTES

Para la integración de información documental a esta investigación se requiere tomar una posición crítica en la recolección y manejo de datos a partir de las fuentes relacionadas.

Las que se refieren a temas relacionados con medicina, higiene o salud de las etnias aborígenes de Fuego-Patagonia, muchas veces dejan traslucir tanto la subjetividad como los valores de la época de los respectivos autores. Por ello, junto a la interpretación de estos documentos, fue imprescindible el trabajo de crítica de las fuentes, para lo cual es obligación haber revisado exhaustivamente el material en pos de lograr una elección adecuada atendiendo a las exigencias de la metodología actual.

Las fuentes documentales utilizadas, están constituidas por registros escritos: relatos etnohistóricos, etnográficos y gráficos (dibujos y fotografías), contribuyendo cada uno a una interpretación particular de primera fuente.

Las relaciones que se produjeron a partir de la evangelización y los intercambios entre aborígenes y el hombre blanco proporcionan un conjunto significativo de datos cuya recolección no siempre estuvo relacionada de manera directa con el estudio de grupos humanos.

indian en met registros
bullis

De esto resulta una heterogeneidad de registros que, en la mayoría de los casos dan, apenas, una visión específica, fraccionada o incompleta respecto del tema investigado.

No obstante existen algunas fuentes ventajosas que fueron resultado de estudios etnográficos recolectados mediante metodologías específicas. Es el caso del etnólogo Martín Gusinde, discípulo de la afamada Congregación o Sociedad del Verbo Divino. Sacerdote de vocación y científico sobresaliente que fue enviado a Magallanes en 1918 para estudiar a los indígenas australes, de cuyas prolongadas experiencias dedicó gran parte de su vida a investigar diversos aspectos de la cultura de estos pueblos.

Realizó cuatro viajes en los que convivió con yámanas, kawésqar y selk'nam, realizando un trabajo etnográfico e iconográfico de gran valor para el conocimiento de estas culturas aborígenes. Pero, es necesario considerar el grado de subjetividad de este investigador, pues, *la Sociedad a la que pertenecía tenía como planteamiento principal postular la existencia de un monoteísmo marcado entre las llamadas sociedades primitivas, contrariando los planteamientos evolucionistas. Así entre las sociedades cazadoras-recolectoras debía emerger la figura de un Ser Supremo que ocupaba una posición dominante frente a otras expresiones espirituales.*

pb multidiscip.

La colección de 8 tomos escritos por Gusinde que se titula Los Indios de Tierra del Fuego, contiene análisis de cada cultura utilizando diversas metodologías de las ciencias auxiliares de la historia -aunque principalmente la etnología- y detalla cada aspecto relativo a la cultura de los grupos selk'nam, háAws, yaghán y kawésqar, llamados por él "fueguinos".

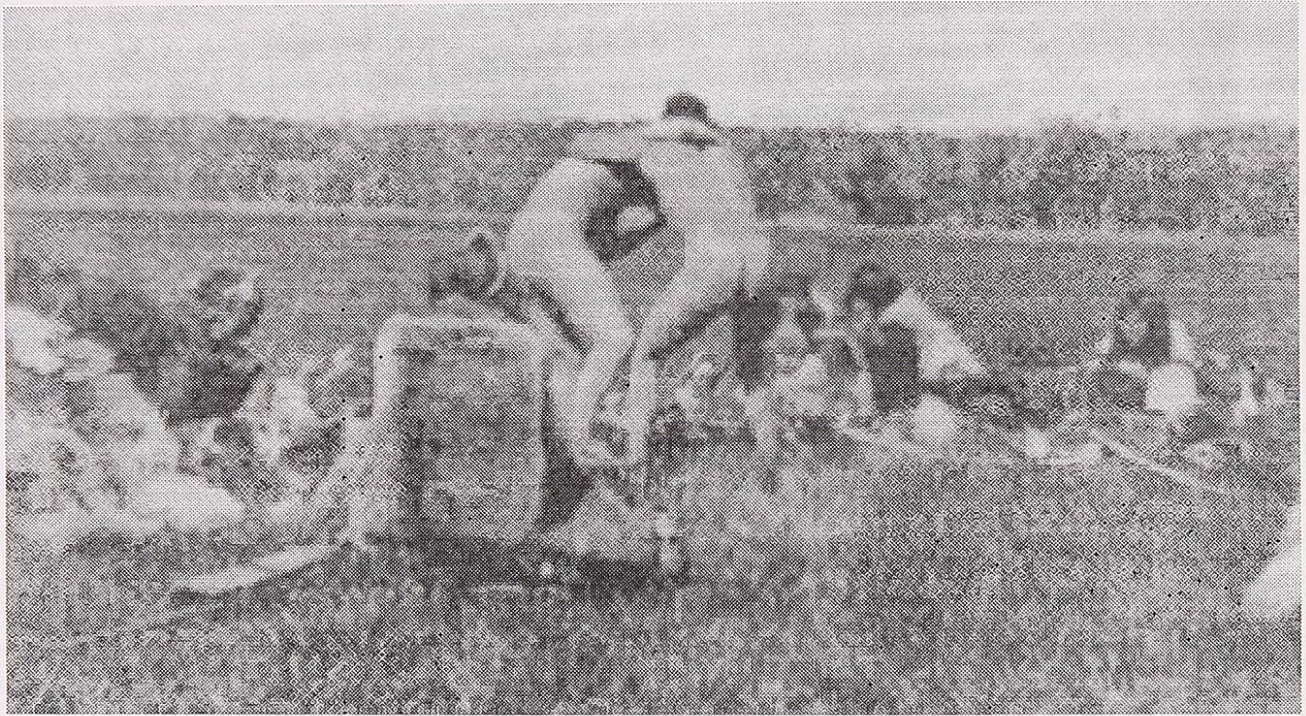
Para complementar esa falta de objetividad se recurrió a la obra escrita por Lucas E. Bridges, El último confín de la tierra, donde narra sus vivencias con los háAws y yámana. Bridges tiene el valor de sustentar datos originales y objetivos obtenidos a través de la convivencia y el trato diario con los indígenas, desde su infancia. Cabe mencionar que Lucas Bridges era considerado por los aborígenes prácticamente como un integrante más, puesto que manejaba casi perfectamente la lengua y, todos sus registros son de primera fuente.

La tercera obra que es crucial para esta investigación se denomina Notas higiénicas y médicas sobre los fueguinos del archipiélago del Cabo de Hornos, escrita por el médico Paul Hyades, integrante de la Misión Científica Francesa del Cabo de Hornos que residió en bahía Orange (península de Hardy, al sur de la isla Hoste) desde el mes de septiembre de 1882 hasta septiembre de 1883, a bordo de la "Romanche". Esta obra tiene el valor de ser preparada desde el punto de vista médico.

La demás bibliografía utilizada en la presente investigación proporciona un conjunto significativo de información referida a: interacción familiar,

disponibilidad de recursos, actividades cotidianas y chamánicas, actividades relacionadas con el aprovisionamiento, caza o recolección de alimentos y consumo y otras actividades relacionadas con la subsistencia en esta inhóspita geografía.

Cabe agregar que toda la bibliografía fue valorizada y utilizada luego de un riguroso y metódico análisis.



Ejercicio físico selk'nam: la lucha.

III. ✖ LOS ESPACIOS GEOGRÁFICOS

Hace ya unos 30.000 años, bandas cazadoras-recolectoras cruzaron el estrecho de Bering para ingresar al territorio americano, iniciando una larga caminata por el continente hasta poblar el meridión.

De acuerdo a fechados radio-carbónicos, las ocupaciones más antiguas en Fuego-Patagonia están registradas en el sector de la Cueva 1 de Lago Sofía (Última Esperanza, Chile), con 12.990 A.P., Los Toldos (Santa Cruz, Argentina), con 12.650 años A.P., y en Cueva del Medio (Última Esperanza, Chile), con 12.390 años A.P. En el sector de Tres Arroyos (Tierra del Fuego), muestran ocupaciones de hace 10.280 a 11.880 años. Allí vivieron grupos de cazadores paleoindios que convivieron con animales extinguidos en tiempos remotos comparables a los fechados en las cuevas de Fell, Pali-Aike y Milodón.¹

Así, la zona geográfica que fueron ocupando condicionó dos tipos de economía de subsistencia: los cazadores-recolectores terrestres y los cazadores-recolectores marítimos, dando origen a los cinco grupos étnicos fundamentales conocidos históricamente: selk'nam, háAws, yámana, kawésqar (todos denominados fueguinos) y aónikenk (más conocidos como tehuelches

¹ VEGA DELGADO, CARLOS. **Sombras de Fuego Patagonia**. Editorial Ateli. Punta Arenas, Chile. 1992. (No presenta numeración de páginas).

o patagones. Aunque vivieron en ambientes diferenciados, intercambiaron sucesivas experiencias, durante miles de años.

Por el lado oriental de Patagonia, desde el río Santa Cruz hasta el estrecho de Magallanes, habitaban los aónikenk, mientras que en la costa occidental, desde la península de Taitao y hasta el archipiélago meridional vivían pueblos originarios conocidos como fueguinos.

En los 72.000 mil kilómetros cuadrados de superficie que tiene la Tierra del Fuego y el archipiélago se presentan temperaturas anuales que oscilan entre los -20°C y 20° C siendo característicos los fuertes vientos en la estepa del norte y las frecuentes lluvias en el sector boscoso del sur.

Esta enmarañada geografía comenzó a configurarse durante el cuaternario, cuando:

[...]una de las corrientes de hielo procedente de la cordillera Darwin, fluyó por el costado occidental de la isla Dawson, dividiéndose en dos: un brazo de hielo al norte avanzó hacia lo que hoy es el estrecho de Magallanes, mientras el otro se desvió al noroeste, excavando la depresión existente entre bahías Inútil y San Sebastián. Al retroceder el manto gélido hacia la cordillera, separadas por sectores de terrenos altos, formando así glaciares de valle a gran escala. Y los hielos, en su retirada, dibujaron la geografía, dejando a su paso grandes piedras

aisladas, esparcidas en la pampa; bloques erráticos que parecieran intentar mostrarnos su pasado. También lagunas que, como lágrimas de lo que sería el porvenir, son desplazadas por la fuerza de los vientos, lenta pero inexorablemente, en dirección al océano Atlántico.

*“Así, el gran valle glacial quedó circunscrito entre bahía Inútil, por el oeste; bahía San Sebastián por el este, sierra Balmaceda por el norte, y la Cordillera Carmen Sylva por el sur; esta última bautizada por el aventurero rumano Julio Popper en honor a la reina Isabel de Rumania”.*²

“De acuerdo al especialista Alfredo Prieto “en un primer momento los cazadores paleoindios convivieron con fauna actualmente extinta como el famoso Milodón y el caballo enano, entre otros. Cuando estos desaparecieron sólo el guanaco quedó como la especie gregaria más significativa para la economía de los habitantes patagónicos”, añadiendo que “hacia 1905 desaparecieron del suelo magallánico y fueron reducidos a algunos sectores de la Patagonia Argentina como Camusu Aike y lago Cardiel”.

³

Los cazadores-recolectores terrestres fueron ocupando el territorio de Fuego-Patagonia hasta constituir tres etnias: los aónikenk, asentados en la

² Op. Cit.

³ Op. Cit.

estepa patagónica meridional; los selk'nam, que poblaron las estepas septentrionales y centrales de la tierra del Fuego, entre los 52°,27' y los 55° de latitud sur, y los háAws en los bosques meridionales de Tierra del Fuego en la península de Mitre.

Los cazadores-recolectores marítimos, también llamados canoeros, se dividían de acuerdo a su localización geográfica en dos grupos: los yámanas, que habitaban el archipiélago del Cabo de Hornos, llegando hasta el norte del canal Beagle, bahía Aguirre hacia el este, la punta más prominente de la península Brecknock al oeste y el Cabo de Hornos al sur; y los kawésqar, que habitaron desde el paralelo 48° hasta el 53° de latitud sur, disponiendo incluso de un haruwen (territorio) en la isla de Tierra del Fuego.

Estas etnias fueron capaces de adaptarse a un medio ambiente hostil, de clima templado-frío, a través de un proceso de adaptación y conocimiento milenario que significó entre otras cosas: entender la geografía (flora, fauna y clima, principalmente); la navegación (corrientes, mareas y vientos) en el caso de los canoeros, el comportamiento de los animales, las técnicas para confeccionar instrumentos útiles (como la fabricación de la canoa kawésqar, o la confección de herramientas de caza), la obtención del fuego, la protección y cura ante ciertas dolencias, entre muchos otros conocimientos relevantes para sobrevivir, procrearse y expandirse en estas latitudes.



Shamán selk'nam conjurando a la luna, durante un eclipse.

IV. GENERALIDADES SOBRE LOS INDÍGENAS PATAGÓNICOS FUÉGUIDOS

i. AÓNIKENK

Tenían una sociedad patriarcal, sin jefes, existiendo una división social del trabajo no muy justa entre hombre y mujer.

Las tribus estaban formadas por nexo de parentesco y tenían un sistema de creencias basados en mitos y ritos, no existiendo un sacerdocio sino el chamanismo.

Las armas originarias de los aónikenk eran la boleadora, la lanza y, en menor medida, el arco y la flecha. Para la defensa y la caza utilizaban la boleadora, que es un arma constituida por dos o tres piedras del tamaño de un huevo cubiertas por una funda de cuero, y atadas a un lazo hecho con nervaduras de caballo, guanaco o avestruz.

Se cubrían con una capa de guanaco o caballo, que usaban con el pelo hacia adentro y vivían en toldos que son simples tiendas fabricadas con un armazón de madera cubiertas con pieles de guanacos que se hallan cosidas entre sí.

Ibar describe estos toldos con bastante detalle:

“Cuatro a seis trozos de madera delgada de dos metros a dos metros y medio; se entierran en línea recta. A corta distancia de éstas, y paralelamente, otra fila de palos un poco más cortos. Así van colocando sucesivamente, hasta cuatro filas, de modo que vayan decreciendo en altura paulatinamente. Sostienen estas estacas con correas y extienden sobre ellas los cueros de guanaco. Queda así la tienda completamente cerrada, hasta el suelo por la parte posterior y abierta en altura de más de dos metros.

“Esta última es la entrada, pero, como entrada tan alta sería poco apropiada para guarecerse de la lluvia y el viento, es que hay otra fila de palos frente a la puerta, sosteniendo otra capa más pequeña, colocada en sentido contrario a la primera que tapa la entrada, evitando así el acceso de la lluvia como tuve la oportunidad de experimentar, pues el día que estuve con los indios llovió copiosamente. En esta especie de asilo, que está a la salida, es donde hacen fuego. En medio de las carpas, en todas sin excepción, cuelgan pedazos de guanacos que van sacando a pedazos cuando tienen hambre.

“Estas carpas, algunas hasta de cinco metros, albergan a una familia

*numerosa y hasta a invitados”.*⁴

Sus principales armas fueron los arcos, flechas, lanzas y boleadoras; sin embargo, durante la etapa histórica la introducción del caballo convirtió la boleadora en fundamental para la caza del guanaco y el ñandú.

*“La llegada de la civilización europea impactó fuertemente sus costumbres, pero, es necesario decirlo, fue uno de los pueblos americanos que mejor había comenzado a convivir entre este mundo autóctono y aborígen y el otro mundo, extraño y complejo, que traían los blancos. La incorporación del caballo a sus costumbres de cazadores fue sin duda la mejor respuesta y el mejor intento de adaptación de este extraño mundo del blanco”.*⁵

Eran monógamos pero los caciques y hombres más ricos⁶ podían tener cuantas mujeres lograran mantener. Era difícil que los hombres contrajeran matrimonio antes de los veinte años, pues a esa edad los jóvenes no tenían la reputación de cazador o no tenían qué ofrecer al futuro suegro.

4 IBAR SIERRA, ENRIQUE. Citado por José Perich S. en **Extinción Indígena en la Patagonia**, Talleres Gráficos Uteau y González Ltda., Punta Arenas, Chile. 1985. pp. 14 y 17.

5 LAUSIC GLASINOVIC, SERGIO. **Los aónikenk, cazadores de la estepa**. Publicado en Revista Impactos N° 20. Editorial Ateli, Punta Arenas, 1991.

6 Esa riqueza consistía, en tiempos históricos, generalmente en el número de caballos que poseía.

Cada tribu contaba con un cacique, cuyo papel principal era organizar ciertas actividades prácticas, guiar y organizar las cacerías y frecuentes traslados del campamento, aunque en caso de conflicto se unían para formar asambleas donde planificaban estrategias.

Entre las actividades principales se cuentan: La caza, la construcción de viviendas y la utilización del telar -no se tiene precisión respecto de su introducción- que les sirvió para la confección de fajas de ornamento para cabalgaduras, y probablemente para algunas prendas de vestir y de abrigo.

También manejaron rústicamente la platería, llegando a confeccionar botones, hebillas y adornos, fundamentalmente usando el corte, perforación y moldeo.

El aónikenk poseían una fuerza muscular notable y fue el que más se adaptó al cambio civilizador del blanco, adquiriendo y asimilando la nueva vida de blanco incluyendo el vicio que los llevaría a declinar drástica, cualitativa y cuantitativamente: el alcohol.

ii. **SELK'NAM y HáAWS**

Los selk'nam vivían principalmente de la caza de animales en la Isla Grande de Tierra del Fuego. Su alimento principal era el guanaco, pues le otorgaba alimento y vestuario.

Esta raza nómada desconocía el concepto de jefes o cacique y se trasladaba continuamente en el territorio junto a su mujer e hijos. El anciano tenía alguna autoridad pero más bien por sus conocimientos.

La tesis más aceptada es que los selk'nam llegaron desde el continente a la Isla Grande de Tierra del Fuego hace aproximadamente 8.000 años, cruzando el Estrecho de Magallanes cuando aún existía un puente terrestre, durante el proceso de separación del continente.

Las increíbles coincidencias entre aónikenk -etnia del sur continental- y selk'nam apoyarían esta tesis y la alta probabilidad que éstos sean una rama de aquellos.

Luis Garibaldi, descendiente háAws, entrega la versión que le fue enseñada por tradición oral, durante su iniciación en el Hayn de 1910:

El Selk'namen parece que apareció mucho más tarde, posiblemente de la Patagonia. Aparece en la zona noroeste sobre el canal de Magallanes, mucho antes que el estrecho tuviera este nombre Hatilelen, que significa angosto, estrecho. Posiblemente en la parte más angosta del canal estuvo unida la actual Isla con el continente y por allí pasarían en épocas de verano, hasta que estuvo el puente. Ya no pudieron volver para buscar zonas más favorables para pasar el invierno, en la Patagonia

*donde abundan aves y otros alimentos de esa región”.*⁷

Su estructura social se organizaba en linajes de línea paterna y territorio, cada uno con derecho a un haruwen, terreno de propiedad del grupo, que le permitía desplazarse en busca de la caza y recolección requerida para la manutención de la tribu.

Existían dos grupos: herska, en el sur, que vivía en los bosques, llanuras, montes y sectores próximos a los grandes lagos, mientras los párika, septentrionales, ocupaban las praderas al norte del río Grande. Algunos informantes mencionan un tercer grupo, llamado chonkoiuka, que localizan en las zonas boscosas al norte de bahía Inútil. Además existía el grupo denominado háAws que habitaba la península Mitre. Estos presentan las mismas particularidades sociales y culturales, salvo pequeñas excepciones por lo que se han agrupado con la etnia selk'nam para su descripción.

Habitaban viviendas o kawi de dos tipos: la menos usada era una cónica y la más común una tienda o paraviento. La armazón se hacía con ramas, barro y champas de pasto, que protegían con una capa. El kawi siempre lo orientaban en la dirección más conveniente para evitar el viento.

Tenían ceremoniales de gran importancia, como la iniciación de los jóvenes en el Hayn, el ceremonial de paz conocido como Jelj o los encuentros

7 PENAZZO DE PENAZZO, NELLY IRIS Y PENAZZO, GUILLERMO TERCERO. *Wot'n, Documentos del genocidio Ona* (3 Tomos). Ediciones Arlequín de San Telmo. Argentina. p. 105.

chamánicos con la luna durante los eclipses.

Los jóvenes se iniciaban en el secreto de los hombres mediante un ceremonial, en el que eran sometidos a duras pruebas antes de revelarles el secreto, bajo amenaza de muerte si lo contaban a alguna mujer. El gran secreto consistía en que los espíritus que enfrentaban en los ritos eran guerreros, y no seres dotados de poderes especiales, y que eran necesarios para asustar a las mujeres y niños, y así evitar que volvieran a mandar a los hombres como había acontecido en el pasado.

Beauvoir, en su libro “Los shelknam”, cuenta que en la era del matriarcado las mujeres, que conocían el secreto y tenían el poder, fueron asesinadas. Quedaron sólo las niñas inocentes y cinco mujeres principales: una que se echó al mar para curarse las quemaduras recibidas, subió después al firmamento, donde se transformó en la Luna, que siempre quiere vengarse chupando la sangre de los niños más menudos, cuando en su fase nueva se debe alimentar para crecer; otra se echó a la laguna, transformándose en un pato blanco; una tercera se hizo cisne, una cuarta de pato a vapor y la quinta una perdiz.

Era una sociedad donde la mujer dependía del hombre y los linajes permitían derechos exclusivos sobre los territorios que reconorrían tras la búsqueda de los recursos necesarios para vivir en eterno nomadismo.

iii. YÁMANAS

Ellos se autodenominaban yámana, que significa “gente”. A finales del siglo pasado su población se calculó en casi tres mil individuos. Los hombres eran de baja estatura y muy fuertes. Las mujeres eran gruesas, pequeñas, de miembros delgados y manos y pies chicos. Vivían cerca de las costas, pasando gran parte del tiempo en sus canoas. Eran audaces escaladores y notables marinos. Se aventuraban tierra adentro en escasas oportunidades, por temor a los selk'nam y a la posibilidad de encontrarse con criaturas extrañas.

Para encender el fuego utilizaban piritas de hierro y cazaban preferentemente focas y cetáceos; además pescaban y recolectaban mariscos. La piel de guanaco sólo era usada por los habitantes de la costa norte del canal Beagle. Las pieles de foca eran escasas, pues además de servirles de abrigo, cuando era indispensable, se las comían o cortaban en tiras para que los cazadores de pájaros bajaran a los despeñaderos. Su arma principal era la lanza, que fabricaban de variadas maneras según el uso a que estaban destinadas. La mujer bogaba cuando el tramo era breve, llevando encendido el fuego en la canoa; mientras el hombre, sentado adelante, iba pendiente con su arpón para capturar peces o aves. En las noches recalaban en sitios abrigados para acampar.

Usaban un mandil corto de piel de nutria y otra prenda que colgaban de

los hombros o sujetaban al cuerpo para protegerse del viento.

Las mujeres se adornaban con collares de conchillas o trocitos de huesos de las patas y alas de pájaros pasados por un cordón de tendones trenzados.

*Lucas Bridges explica que “prevalecía una justa división del trabajo entre ambos sexos. Los hombres juntaban el combustible y los hongos mientras que las mujeres cocinaban, iban en busca de agua, remaban en las canoas y pescaban. Los hombres vigilaban el fuego, fabricaban y remendaban las canoas, cazaban nutrias, focas, guanacos, zorros, aves y peces mayores, estos últimos con arpón. Estando las canoas a cargo de las mujeres los hombres solo empuñaban los remos en excursiones largas o cuando tenían gran apuro; todas ellas sabían nadar, mientras que era muy raro encontrar un hombre que supiera hacerlo”.*⁸

Reprobaban el homicidio y la palabra walapatuj (asesino) era considerada un insulto. Como acto de misericordia usaban el Tabacana, que consistía en apresurar el fin de los parientes enfermos por medio de la estrangulación.

Tenían perros de un tamaño similar a un foxterrier grande; fuertes,

8 VEGA DELGADO, CARLOS. Op. Cit.

feroces, de una raza muy mezclada, de orejas puntiagudas y que parecían el producto raquíptico del cruce entre un perro de policía y un lobo.

Thomas Bridges escribió un “Diccionario Yagán o Yamana-Inglés”, donde acopió 32.430 palabras e inflexiones, lo que *demuestra la riqueza oral de esta etnia, que motivaría a Lucas Bridges a escribir: “Nosotros, que la hemos hablado desde niños, sabemos que esta lengua, dentro de sus propios límites es infinitamente más rica y expresiva que el inglés o el español”*.⁹

Creían que en el pasado las mujeres habían gobernado por su magia y astucia y que, muy reciente, los hombres asumieron el mando, por mutuo acuerdo; no hay indicio alguno de una matanza total de las mujeres como la que ocurrió entre los onas.

Poseían gran cantidad de mitos y leyendas que evocaban en las noches cuando, después de acampar, esperaban la llegada del sueño; muchas eran explicativas, atribuyendo características físicas de ciertos tipos de animales a influencias exteriores o hechos casuales en el pasado.

Lucas Bridges dice que *“los indígenas no conservan tradición alguna de su pasada historia, ni saben de dónde han venido”*, no obstante, Gusinde obtuvo información acorde con las hipótesis actualmente vigentes relativas al proceso de adaptación al ambiente, y así escribe que algunos informantes le

9 Op. Cit.

narraron que *“en tiempos muy remotos llegaron muchas familias desde el este y se desplazaron hacia aquí, donde desde entonces vivimos los yámana. Aquí se radicaron. Inmediatamente comenzaron a construir sus canoas, a confeccionar armas y utensilios diversos, a cazar nutrias, leones marinos y aves, a recolectar valvas (moluscos) y cangrejos. Desde entonces los yámana se quedaron aquí”*.¹⁰

Entre éstos venía la mítica familia Yoalox, que enseñó las armas y el manejo de herramientas, y Lem, el hombre sol, con su familia, a la que pertenecían su hermano Akainix, el arco iris, y su esposa Hanuxa, la mujer-luna.

Entre los muchos mitos que recoge Gusinde, y sólo a manera de demostración, está una de las versiones sobre la luna, entregada en 1920 por Masemikens: *“Hanuxa sólo tuvo un hijo. A semejanza de su madre, éste era sorprendentemente apuesto y de buena figura. Murió muy tempranamente. A raíz del dolor causado por esta grave pérdida, Hanuxa se practicó numerosos cortes pequeños en el rostro, de modo que manó mucha sangre. Por esta razón se la ve aún hoy en día a veces completamente teñida de rojo, una señal cierta de su luto”*.¹¹

Los aprendices de curandero debían someterse a un difícil aprendizaje,

10 Op. Cit.

11 Op. Cit.

a cargo de los ancianos yékamusch, que duraba más de cuatro meses y se cumplía en una vivienda cónica y alejada.

Tomás Guevara, en su "Historia de Chile Prehispánico", dice: "También los yaganes, como los onas, celebraban la ceremonia de la pubertad, de hombres y mujeres, con el nombre de chiejaus y con detalles más o menos semejantes en ambas ramificaciones. Los operadores de esta ceremonia, se aislan en un rancho, someten a los púberes a las enseñanzas y pruebas tradicionales, según el sexo; se pintan el cuerpo y el rostro y atemorizan a las mujeres, contra las cuales va encaminado principalmente el aparato de la ficción".¹²

Otra ceremonia era la Kina, durante la cual participaban, según Martín Gusinde, varones que hubieran practicado dos veces el chiejaus y estuvieran aptos para conocer los secretos. En el rancho del kina, los hombres se pintaban y utilizaban máscaras. Luego lo abandonaban, haciendo creer a las mujeres que eran espíritus que salían del interior de la tierra o descendían del cielo para castigar a las mujeres desobedientes y flojas. Ellas creían el engaño y los varones disfrutaban del resultado.

"Haciendo abstracción de las ideas religiosas importadas y de sus influencias en las últimas generaciones -dice Guevara-, la causa del

12 Op. Cit.

*bien, que llaman Vatauinewa, representaba, aplicándole el término metafísico, un espíritu, poderoso y protector. También castigaba en circunstancias dadas; no se le rendía culto. La causa del mal representaba espíritus maléficos, enemigos de los hombres, a los que complacía en dañar y matar”.*¹³

En su etapa final se concentraron en Mejillones, en la isla Navarino.

iv. **KAWÉSQAR**

Esta autodenominación significa “*ser racional de piel y hueso*”¹⁴ aunque también son conocidos como alacalufes o, según Gusinde, kalakwulup, variante fonética de la anterior.

Según las dataciones arqueológicas, su llegada se estima en unos siete mil años antes del presente. Son individuos morenos de filiación mongoloide, ojos oblicuos, pómulos salientes, dentadura blanca y fuerte.

Según Alberto de Agostini su estatura media sería de 1,66 metros.

Su aspecto era bastante característico. Tenían el vientre abultado y caminaban con las piernas encogidas, tal vez por el tiempo excesivo que

13 Op. Cit.

14 Esta sería la traducción real, según el investigador etnolingüista, Oscar Aguilera Faúndez.

permanecían sentados en las canoas -vivían gran parte del día en sus canoas y al anochecer acampaban en las playas-.

*“Alberto Achacaz, recuerda que “la mujer en el matrimonio estaba obligada a andar siempre con el hombre y en la misma embarcación. El hombre también está obligado a estar permanentemente junto a ella. El hombre manda y la mujer tiene que hacer caso, obedecer; si desobedece hay que retarla ¡por qué no va a hacer caso! La mujer tiene la obligación de arreglar la choza, limpiarla, cortar sus ramas, arreglarlas bien. La comida la preparan los hombres; por ejemplo, la carne tienen que cortarla los hombres”.*¹⁵

La vestimenta kawèsqar era bastante precaria y por lo general deambulaban desnudos. Se bastaban con solo una capa de piel de foca, lobo de mar, nutria o coipo, para cubrirse la espalda.

Ésta era sujeta a la altura del cuello mediante una tira de cuero o tendón. De esta forma sus extremidades superiores tenían amplia movilidad para las actividades cotidianas.

Para la caza utilizaban diversos artefactos, entre los que destacan el arco, el arpón las hondas. Si bien conocían el arco, no lo utilizaban habitualmente y tecnológicamente su elaboración era bastante precaria.

15 Op. Cit.

Estos aborígenes consideraban la pintura corporal como parte de su presentación personal. Para obtenerla preparaban una mezcla de grasa de foca con arcillas y carbón con las que obtenían los colores negro, rojo y blanco.

“[La pintura corporal] estaba considerada dentro de una concepción total de su presentación personal como parte del vestuario, como también a su propia visión social y personal de la naturaleza y su vinculación con el hombre. Esto último tiene que ser un factor importante, ya que ésta era totalmente fuerte entre el hombre kawèsqar y su medio natural, al cual se había adaptado y del cual lograba su sustento y su permanencia en el tiempo por generaciones. Tampoco, puede descartarse que el empleo de grasa de foca sobre el cuerpo era una manera de protegerse ante las inclemencias de un clima duro y riguroso.”¹⁶

Armaban sus chozas, generalmente, durante períodos cortos, ya sea para la habitual caza y recolección de productos del mar, como también en caso de algún fallecimiento familiar u otro evento social. En el campamento se distribuían de una a cuatro chozas, según la cantidad de personas.

Una descripción precisa entrega la expedición naval y científica de la fragata española "Santa María de la Cabeza" citada en *Gentes de la Patagonia*:

16 LAUSIC GLASINOVIC, SERGIO. **Los kaweshkar, primeros navegantes del estrecho.** Publicado en Revista Impactos N° 17, Punta Arenas, 2 de febrero de 1991.

“[...] la choza kaweshkar del estrecho es circular, cuya forma y estructura le dan las estacas cuyos extremos inferiores están introducidos en la tierra. Sobre estas estacas cuyos extremos inferiores están se colocan las pieles de foca para recubrir el espacio. En su sector superior se deja una abertura que permite la salida del humo, procedente del fuego que arde en el interior. Alrededor del fuego se extiende la cama compuesta de ramas en donde duermen sus moradores. [...] estas chozas tenían una dimensión de unos 7 a 9 metros de circunferencia, con una altura de un poco más del metro y medio”.¹⁷

Las mujeres generalmente armaban la vivienda, enterrando primero las estacas, que luego se curvaban y se amarraban con cueros o fibra vegetal, para luego ser cubierta por pieles amarradas entre sí.

El fuego, elemento importante dentro de la choza, se mantiene permanentemente encendido -al igual que en la canoa-.

17 LAUSIC GLASINOVIC, SERGIO. **Gentes de la Patagonia**. Editorial Ateli, Punta Arenas. 1994. p. 28.



Kawi de una banda selk'nam.

V. SALUD E HIGIENE

i. AÓNIKENK

Esta etnia que dominaba la pampa tenía una tez bronceada, encontrándose en algunas coloraciones inclinadas al rojo; ésto, debido, seguramente a que se aplicaban en la cara una pintura preparada con arcilla roja y aceites animales. Esta costumbre tenía el doble propósito de mejorar la estética y protegerse de agentes externos como los insectos, el viento y el sol.

Además de los colores habituales: rojo, negro y blanco, los aónikenk lograron el amarillo y azul, debido a que tenían acceso a canteras en donde existían tierras y arcillas de diversos colores.

La pintura igualmente se aplicaba al cabello. Así, Pigafetta, refiriéndose al rostro de los aborígenes, escribe: "...y teñido de rojo, excepto los ojos, rodeados con un círculo amarillo, y dos trazos en forma de corazón en las mejillas. Sus cabellos, escasos, parecían blanqueados con algún polvo."¹⁸

Aunque el hombre es más bien lampiño, la depilación es habitual y se realiza arrancando los pelos uno a uno. En general, el aseo de los cabellos es

18 Cit. por LAUSIC GLASINOVIC, SERGIO. Op. Cit. p. 56.

mínima y son habituales los piojos.¹⁹

Martinic, basándose en testimonios de algunos de los primeros observadores, refiere que *“se habría usado también el pelo peinado y amarrado sobre la coronilla, a la usanza de pehuenches.”*²⁰

La contextura física de estos aborígenes impresionaba a primera vista.

M. Dubouzet, integrante de la expedición comandada por D'Umont D'Urville, escribe, en enero de 1838, una descripción muy detallada:

“Lo que me ha impactado primero en ellos, no fue tanto su estatura, que jamás he encontrado bajo los cinco pies y cinco a seis pulgadas, frecuentemente de ocho, nueve o diez pulgadas, pero jamás bajo esas medidas, sino su enorme ancho de las espaldas, su cabeza ancha y gruesa y sus miembros macizos y vigorosos. Ellos tienen el cuello corto, son ligeramente encorvados y sus formas son redondeadas, pero si la gordura impide a los músculos a destacarse, ellos no parecen menos robustos. Su cabeza, que es muy maciza, no acusa un desarrollo cerebral proporcional, sin embargo, ellos parecen inteligentes. Sus pómulos son salientes y la anchura de su cara contribuye a hacer

19 Los aónikenk, según el relato de Enrique Ibar Sierra, publicado en Anales de la Universidad de Chile, 1878, comen con placer estos parásitos.

20 MARTINIC BEROS, MATEO. *Los Aónikenk, historia y cultura*. Ediciones Universidad de Magallanes, Punta Arenas, Chile, 1995. p. 45.

parecer el cráneo menos voluminoso. Su cara es redonda y un poco plana, sus ojos ligeramente oblicuos, como los de los chinos, son expresivos, pero más en lo que se refiere a dulzura que cualquiera otra. Sus cabellos son negros, los llevan largos y planos, anudados sobre su cabeza. Sus dientes son notables por su blancura, su tez es de color rojo-bronceado, como aquel de todos los indígenas de la América, sin distinción del clima en que viven. Sus pies y manos son bien proporcionados, pero entre ellos las piernas parecen ser un poco débiles, lo que se explica de su modo de vida, pues pasan gran parte del tiempo montados a caballo o acostados. Todo este conjunto constituye una bella raza de hombre, plenos de fuerza y vigor.

[...] Las mujeres, después de haber completado sus trabajos, rehicieron sus tiendas. Ellas nos parecieron mucho menos apuestas que los hombres. Portaban casi la misma vestimenta, a tal punto que las confundimos a veces con los hombres. Su manto del mismo material, no se diferenciaba sino porque estaba sujeto por un broche en el pecho, que de esa manera permitía mayor libertad al movimiento de los brazos. Ellas, en general, tenían la cara pintada de ocre y con grasa, sin una regla bien fija. Pero yo he encontrado algunas que la habían abigarrado con líneas transversales de negro y de rojo, diseñadas con un cuidado

y una coquetería, cuyo efecto era muy extravagante. Entre ellas, que se habían pintado de esa manera, una niña joven captó particularmente nuestra atención. Ella se distinguía por esa actitud provocativa, pintando su cara de esa manera, y parecía agregar a las gracias naturales de ellas, aquel nuevo adorno como un medio infalible de seducción, de la que parecía estar convencida. Este medio le resultaba, en efecto, si uno puede juzgarlo por la actividad que pronto se desarrollaba alrededor de ella. Su mayor encanto era, a mi vista, la hilera de dientes de una blancura sorprendente, admirablemente alineados, cualidad que le era común con su raza y que nada podía sobrepasar. Sus dientes, como aquellos de la mujer encantada por el rey-profeta, semejaban a las ovejas que salen del lavadero, todas gemelas, entre ellas no había ninguna que no se pareciera a la otra. Aquella belleza patagónica era digna, en fin, de atraer la atención, sin tomar en cuenta la diferencia de los lugares, de los meridianos y de los antecedentes tan favorables para ser seducido que tres meses de una vida a medias salvaje, aislados del bello sexo, como aquella que venimos de vivir.

[...] Alrededor de sus chozas se veía agitarse una multitud de niños, para los cuales, sobre todo las madres, nos pedían collares, con los cuales ellas los sobrecargaban el cuello y los brazos. Estos niños no estaban,

para decirlo así, vestidos, pues un pequeño trozo de cuero les cubría la espalda solamente. Sin embargo, ninguno de ellos sentía frío, a pesar de que era notable, puesto que el viento soplaba muy fuerte del S.O. Hombres, mujeres, niños, todos nos parecían permanentemente ocupados de comer de una manera glotona la carne o una especie de raíz que crecía en abundancia en la vecindad, y de las cuales el valor nutritivo parecía ser muy pobre. Aquella raíz y algunas bayas rojas cosechadas, como los que habíamos visto a lo largo de la costa, entraban exclusivamente como alimento en su dieta habitual. ²¹

En los tiempos protohistóricos el sustento estaba supeditado a la caza de guanaco y ñandúes, que dependía de la pericia cazadora de los hombres; pero, la introducción del caballo significó una innovación importante que permitió mejorar las condiciones de traslado y la caza. Además, el caballo fue una alternativa alimentaria -especialmente en invierno- y para la obtención de vestuario.

Del guanaco obtienen la piel para preparar su sencilla vestimenta que, a diferencia de los selk'nam, usan con el pelo en contacto con la piel. El hombre utiliza la "Chiripá", que es una especie de delantal que llega hasta la rodilla, y

²¹ D'URVILLE, D'UMONT. **Visita a los Tehuelches**. Capítulo IX. Estadía en el Puerto Peckett y Partida del Estrecho, tomado de la obra "Viaje al Polo Sur" del Comandante. Publicado en Revista Impactos N° 62. Punta Arenas, noviembre de 1994. pp.34-35.

“Kai-ajnú”, también conocido como quillango pintado, que era una amplia capa que le cubría todo el cuerpo. Otra pieza importante de la vestimenta son las botas, que obtenían de las patas del caballo -en tiempos históricos- cortando la piel a la altura del muslo. De esta forma obtenían un tubo de piel que era preparado y cosido en la extremidad inferior que rodeaba el pie y la pierna para, posteriormente asegurarlo con amarras de cuero. Completa su indumentaria una cinta de cuero al cuello.

La vestimenta de las mujeres es similar a la de los hombres, aunque también usan una piel delgada que cubre su zona púbica. Habitualmente la mujer deja a la vista únicamente el pie. Sin embargo, al revés de las indias sureñas, no son muy fieles, y a menudo se fugan con otros indios. En estos casos el marido abandonado no sigue a la mujer pues no existe la venganza.²²

Los niños son muy traviosos y preguntones. Se entretienen todos con las boleadoras, ejercitándose con un palo que introducen en la tierra, simulando a algún ser viviente.

Bolean los chicos a los caiquenes, avestruces y cualquier pájaro viviente.

Llega el momento en que el hombre sacude su pereza innata y cargado con sus boleadoras se dedica a la caza con ardor; al tiempo que sus mujeres levantan las tiendas y se dan en buscar y seguir las tropas de guanacos, con

22 PERICH SLATTER, JOSÉ. **Extinción Indígena en la Patagonia**, Talleres Gráficos Uteau y González Ltda., Punta Arenas, Chile. 1985. p. 21.

el fin de arrebatárles sus hijos.

El aónikenk no tiene afición a la pesca, pues el pescado le produce asco.

Musters, nos entrega una descripción que, aunque breve, es bastante esclarecedora respecto de los cuidados personales:

*“Los indios cuidan bastante el aseo personal y además de las abluciones de la mañana aprovechan el baño cuando acampan junto a un río, pasan horas enteras nadando y zambulléndose juntos. Son también escrupulosos en la limpieza de sus toldos y utensilios, y cuando pueden conseguir jabón, lavan todo lo que tienen en su poder. No obstante estas precauciones están enteramente plagados de sabandijas [piojos: *Pediculus capiti* y *P. corpori*] que encuentran seguro alojamiento en la lana de sus mantas. Esto puede atribuirse a su modo de vivir, y a su alimentación, así como a los materiales con que se hacen las ropas y todo viajero que quiera vivir con los indios debe prepararse para aguantar esa peste a la que experto crede, se habituará en breve, sin embargo”.*²³

Las mujeres tenían caderas anchas, más gruesas que los hombres, pero proporcionadas. También se caracterizaban por poseer dientes muy blancos, los que algunos autores atribuyen a la costumbre de masticar el fruto de color

23 MUSTERS, JORGE CH. **Vida entre los Patagones**. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas desde el Estrecho de Magallanes hasta el río Negro. Solar/Hachette, Buenos Aires, 1964. p.241.

oscuro del maqui o molle, arbusto con cuya resina se elabora el incienso.

Durante la gestación, la embarazada era separada de su pareja para evitar el contacto sexual, ya que se creía que el semen agrandaba el feto, dificultando el parto. Entonces comía carnes secas y evitaba los alimentos líquidos. Su madre o su abuela, la asistían en el nacimiento.

Al recién nacido se lo pintaba de color blanco, y luego se le asignaba el nombre, el que por lo general representaba características físicas, lugares de alumbramiento o el de un familiar muerto. A los cuatro años de edad, los menores asistían a la Ceremonia de los Aros; mientras a las niñas se les perforaban ambos lóbulos de las orejas, a los niños sólo uno. Una aguja y crines de caballo eran los instrumentos con que se hacían los orificios, que más tarde albergarían a los aros.

Al final del ritual se sacrificaba una yegua, momento en que los hombres ejecutaban el Baile de las Avestruces.

La primera menstruación, signo del paso a la adolescencia, era la ocasión en que se realizaba la ceremonia de iniciación femenina.

Al llegar a la adultez, la joven se preparaba para contraer matrimonio. Era el tiempo de la ceremonia de La Casa Bonita.

Allí se preparaba para el acontecimiento de vivir en pareja, permaneciendo entre tres y siete días dentro.

La Casa Bonita era similar a la vivienda, pero, en lugar de estar

recubierta con piel de guanaco, era engalanada con ponchos nuevos, cojines, plumas de avestruz, cascabeles y campanillas con cuentas azules, rojas y amarillas. Dentro de ella, el alimento de la novia se reducía bastante, evitando el consumo de grasas.

Por lo general, la abuela o el abuelo materno la acompañaban, asumiendo así el papel de educador y consejero de la joven en su nueva vida como adulta.

La joven aprendía las normas morales de la comunidad y las actividades cotidianas, como lavar, cocinar, elaborar tejidos y el cuidado de los hijos.

La virginidad era muy valorada, razón por la que se le enseñaba a las mujeres, en dicha ocasión, a no tener relaciones sexuales antes del matrimonio.

En consecuencia, la adaptación de los aónikenk a las duras condiciones climáticas y ambientales, dependía de una disposición fisiológica especial unida a una educación y alimentación reforzadora de las defensas, ya que desde la infancia eran formados para resistir y acostumbrarse al frío.

Como cazadores nómades, estaban dotados de un vigor y resistencia especiales para adaptarse a las duras condiciones del clima austral.

Los aónikenk, además de ser una de las etnias más altas del mundo, eran longevos, existiendo registros de octogenarios, nonagenarios y aún mayores.

ii. LOS SELK'NAM y HáAWS

Los selk'nam debían soportar las inclemencias del tiempo. El largo invierno y la falta de recipientes para acumular o calentar agua son aspectos a considerar en la higiene; pero, como veremos, estas carencias se suplían con diversos elementos y prácticas que, además de cumplir con el objetivo, eran tremendamente benéficos para mantener la piel lozana y saludable.

El padre Martín Gusinde afirmaría:

*“Los indios no carecen de ninguna manera de sentido de higiene, pero carecen de los medios más elementales para ella, por lo que se abandonan finalmente a la mayor indolencia”.*²⁴

La búsqueda de alimento los obligaba a viajar continuamente, por lo que no era práctica ni necesaria la pulcritud en la higiene del kau (vivienda).

Al comenzar el día, era habitual que el aborigen sólo se humedeciera los dedos con las gotas de rocío o la nieve para refregarse los ojos.

El hombre y la mujer se ensuciaban constantemente, por lo que, luego de una cacería o tarea cotidiana, recurrían a un riachuelo o algún depósito de agua. De no contar con ellos -lo cual era habitual-, el indio se limpiaba por fricción utilizando al pasto o musgo húmedo para luego secarse; el más

²⁴ GUSINDE, MARTÍN. *Los Indios de la Tierra del Fuego*. Tomo I. Vol. I. Los Selknam. Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires 1989. p. 201.

utilizado, según Gusinde era el blando *liquen usnea*, con el que usualmente se quitan la suciedad raspando en seco:

*“Para secarse prefieren en el sur una pelota de liquen usnea, aunque también suelen echar mano del tan extendido musgo de la familia de las esfagnáceas č’āpl, lo estrujan bien para que se escurra toda el agua y se frotan todo el cuerpo con esta pelota húmeda. Puede compararse con una esponja. Se prefería, sin embargo, la fricción en seco. A este fin los aborígenes septentrionales recogían y secaban varios hígados de cururo que luego trituraban hasta convertirlos en polvo fino. Extendiéndolo por todo el cuerpo, con la palma de la mano lograban eliminar fácilmente la grasa y otras impurezas de la piel. Los habitantes meridionales lograban idéntico efecto friccioneando la piel con una fina harina de tierra arcillosa, la dejaban pocos segundos y, luego, la quitaban con las palmas de las manos. Si se habían ensuciado mucho recurrían en primer lugar a un manojo de musgo o pasto y con este haz o "esponja" seca raspaban el cuerpo hasta limpiarlo. El agua se utilizaba muy poco; en su lugar se prefería la fricción en seco”.*²⁵

La pintura del cuerpo es un método que tiene un doble propósito para los selk’nam: El aseo y la belleza. Para ello utilizan tres sustancias colorantes: El

²⁵ Op. Cit. p. 202.

negro, que se obtiene del carbón de leña; el blanco o gris que se obtiene de la arcilla grisácea o la tiza y los huesos molidos y, por último el rojo, que se obtiene a partir de una mezcla de sangre y grasa animal con arcilla.

Lucas Bridges nos relata los beneficios que estas pinturas brindaban al aborígen:

“...pintarse era en verdad un hábito muy limpio, pues se quitaban la pintura vieja por medio de una enérgica fregadura antes de aplicar la nueva”.²⁶

Estas prácticas, sumadas al frío y la rudeza del viento, explican porqué los aborígenes tenían la piel considerablemente más gruesa y suave. Además, el contacto del cuero y lana del guanaco otorgan a la piel del indígena un leve aspecto grasoso que, mezclado con el humo, emana un olor característico que se potencia en días húmedos.

El selk'nam, supo ocupar de su entorno lo necesario para su higiene personal y no dejaba pasar los días de lluvia sin aprovechar una buena ducha natural.

Entre los aborígenes los “limpios” gozan de la aprobación general, pero su vida nómada impide que cuiden regularmente de su cuerpo.

Gusinde hace el siguiente comentario, que deja fuera de lugar cualquier

²⁶ BRIDGES, E. LUCAS. **El último confín de la tierra**. Ediciones Marymar, Buenos Aires, Argentina, 1978. p. 382.

duda respecto de la preocupación que el indio otorgaba a la higiene:

*“Hoy los indios, y más aún la mujer que el hombre, reclaman el jabón. Cuando es perfumado son capaces de dar cualquier cosa por él. Puede ser que aprecien tanto el perfume, dado que no se les brinda en su precaria patria. Pero también les gusta enjabonarse, pues les resulta agradable la sensación que se experimenta cuando se tienen las manos y el rostro aseados”.*²⁷

Hombres y mujeres se arreglaban el cabello en algún grado. Las mujeres no habituaban las trenzas y los hombres sujetaban a veces el pelo largo con una cuerda llamada kōčel; los más ancianos solían ceñir la frente y la región occipital con una cuerda de tendón.

Las mujeres se cortaban horizontalmente el pelo que les caía en la cara, a la altura de las cejas. Aunque se peinaban sin mucho esmero, se preocupaban de untar grasa blanda de guanaco en el pelo para aumentar su brillo.

Respecto al tratamiento que efectuaban para controlar los piojos del guanaco, Gusinde comenta:

“Para ordenar el cabello y quitarse, en alguna medida, los piojos emplean un peine que se fabrica de dos formas diferentes. La forma

²⁷ GUSINDE, MARTÍN. Op. Cit., p. 203.

denominada *āmčēn* es una pieza rectangular de barba de ballena en la que se han cortado toscamente alrededor de seis dientes. Las medidas son de 12 cm por 7 cm y los dientes tienen 6 cm de largo.

[...] Frecuentemente les resulta difícil a los indios pasar la hilera compacta de dientes por la mata de cabellos enmarañados, pues muchas personas son sumamente abandonadas en lo que respecta al cuidado de la cabeza. Estas provocan disgusto en los demás.

Como nadie se lava a fondo el cuero cabelludo los piojos prosperan magníficamente. En más de una mata de cabellos pululan las sabandijas. Pese a que los indios de todas las edades se rascan sin cesar la cabeza, poseen un alto grado de insensibilidad frente a estos molestos parásitos. Todo su cuerpo está atestado de ellos, dado que los mantos de lana permiten que se multipliquen ilimitadamente. Resulta repulsivo contemplar los rastros de estas repugnantes sabandijas en sus hermosos cuerpos desnudos. Según se me dijo, antes solía atormentarlos un piojo negro más pequeño; pero desde la aparición de los europeos el piojo europeo los acosaba aún más y la especie anterior había desaparecido por completo. Las madres suelen despiojar a sus hijos, aplastando los insectos entre dos uñas".²⁸

²⁸

Op. Cit. pp. 203-204.

Es probable que el alto contagio de piojos desde tiempos antiguos, haya sido el motivo de una necesaria depilación del cuerpo y posteriormente se haya convertido en una costumbre más relacionada con lo estético, pues, entre los selk'nam, las vellosidades eran consideradas feas.

Así, cada uno de los nacidos era sometido por la madre a una completa depilación del cuerpo, seguida por baños de arcilla que eran habituales durante el primer año de vida.

Si bien el selk'nam es lampiño por naturaleza, presentando en piernas y brazos escaso vello, acostumbraba la depilación. Habitualmente se arrancaban las cejas y el escaso pelo pubiano y axilar.

Gusinde, al presenciar una ceremonia Hayn, pudo observar la vergüenza de algunos jóvenes por haber olvidado arrancar su vello púbico:

...frotaban fina ceniza sobre la región pubiana para poder arrancarlo mejor. Toman cada pelo entre el pulgar y el índice y dan un tirón brusco.²⁹

Son pocos los bienes materiales que el selk'nam lleva consigo. Por consiguiente es imposible que, permaneciendo sólo uno o pocos días en el mismo lugar, se acumule mucha suciedad.

Lo común era ver utensilios, trozos de carne colgados, perros, bolsos de

29 Op. Cit. p. 205.

cuero, pieles curtidas y artefactos de caza.

En el caso de los háAws, Lista tiene una opinión diferente:

*"En las habitaciones no vi nada notable, a no ser la suciedad, que parece fermentar en ellas; y por cierto que exhalaban un olor repugnante ... Valvas de moluscos, huesos de aves, y de cetáceos, cueros viejos y rotos, excrementos de animales, todo aparecía mezclado dentro del reducido recinto del kau, y sobre estos despojos, cubiertos de yerbas secas, se revolcaban los familiares perros de aquella reunión de salvajes cuya pobreza no tiene comparación..."*³⁰

Era común arrojar los desperdicios a las llamas. La carne fresca era colgada en ramas altas para así dejarla fuera del alcance de los perros.

La carne podrida o hedionda daba repugnancia al indio, por lo que, si no iba a ser asada, se trataba de alejar lo más posible del calor de la fogata.

Según Gusinde:

"Muchas veces me sorprendió su sensibilidad justamente frente a este mal olor. Si a alguien le molesta el hedor de un pedazo de carne podrida, va en busca de ella y la tira al fuego. Lo curioso es que, por el contrario, no les molestan las emanaciones de las pieles y trozos de cuero húmedos. A mí me resultaba casi intolerable el olor hediondo de las

30 Ibid.

*sandalias mojadas o las pieles tendidas a secar. No acostumbran orear regularmente sus ropas de lana o pieles y parecen insensibles al olor de cosa enmohecida que casi siempre emana de ellas. Cuando alguna vez tendía al sol mis mantas de guanaco por unas pocas horas sacudían la cabeza sin comprender. Tales esfuerzos les parecen superfluos”.*³¹

Los excrementos despiertan gran repugnancia entre los indios por lo que eran bastante cuidadosos en defecar con la mayor reserva y lo más lejos posible, utilizando para limpiarse pasto, musgo o lana de guanaco.

Gusinde logra algunos datos y explica:

“Aun para hacer sus necesidades menores la madre deberá llevar a su niño de pecho lejos de la choza y de la vista de los demás. Los niños mayores suelen alejarse un buen trecho. [...] Incluso los perros demuestran ser tan educados que sólo evacuan a considerable distancia del campamento. Las personas siempre se distancian unas de otras, ocultándose en los matorrales. [...] Si alguien debe separarse del grupo para hacer sus necesidades, lo hará sin dar a conocer su propósito, ni siquiera con una seña. Todos se muestran delicadamente reservados al respecto. Únicamente los chiquillos se comportan de modo algo más desvergonzado cuando están entre ellos, pero los adultos no tardarán en

31 Ibid.

*llamarlos al orden”.*³²

Lo esencial para el selk'nam es la carne del guanaco gordo y joven, pese a que en el norte predomina la carne de cururo.

Es habitual ver que alguien corta un trozo grueso de carne -de la que se mantiene colgada fuera de la choza- y comienza a asarlo al fuego. La carne se orienta en todos sus lados hasta lograr una cocción uniforme -casi quemada por fuera y el centro rosado y jugoso-. Incluso la cabeza del guanaco se cocía al fuego para consumirla completamente, incluyendo los sesos.

La grasa de la cavidad abdominal del guanaco también era agradable y se ingería cruda. El resto de la grasa también era aprovechada de la siguiente forma:

*“[...] se la, coloca [cerca del fuego] sobre una valva o un omóplato que hace las veces de plato y se recogen las gotas que van cayendo”.
Mientras la carne se asa a fuego lento, la mujer suele hallarse sentada al lado, pues es ella quien prepara a menudo la comida para cada miembro de la familia. Como los selk'nam no conocen comidas a horas fijas, casi todo el día hay asado sobre el fuego de las chozas, pues comen muchas veces y a cortos intervalos. Nunca se come la carne cruda. La grasa de guanaco, tanto cruda como asada, sienta mucho*

32 Op. Cit. p. 206.

*mejor que la grasa de carnero o sebo de vaca, que suelen ocasionar a los indios trastornos digestivos”.*³³

El hombre requería de un esfuerzo físico considerable para la caza del guanaco. La mayor parte del tiempo transcurre realizando largas caminatas para proveerse de la carne necesaria para su familia. Terminada la cacería no tendría mucho tiempo para el ocio, pues:

*“En vista de que comen frecuentemente durante el día, hacen desaparecer a diario apreciables cantidades, y un guanaco grande no suele durarles más de cuatro o, cuanto más, cinco días si se trata de una familia de seis miembros”.*³⁴

Aprovechan muy bien la sangre del animal, recogiénola, en el momento de la caza, de la siguiente forma:

“[el indio] recoge la sangre fresca en la cavidad abdominal y la vierte en un trozo de tripa; asa este chorizo en la ceniza ardiente y lo pincha con frecuencia para evitar que reviente. El color, a medida que va cambiando, le dirá cuándo debe sacarlo. A veces el cazador renuncia a este bocado exquisito y lo lleva crudo a la choza para darle a otro una

33 Op. Cit. p. 206.

34 Op. Cit. p. 277.

alegría".³⁵

Su dieta carnívora era complementada con cururos, peces y aves que eran destripadas y cocidas en la ceniza ardiente. La ballena y el león marino se consumían ocasionalmente. Los mejillones simplemente se dejaban junto al fuego hasta que se abrían o reventaban; el mismo proceso se aplicaba para cocer los huevos, que previamente eran perforados para evitar que reventaran.

Las comidas preferidas variaban dependiendo del lugar geográfico: los háAws del extremo sur preferían los animales de mar, los selk'nam meridionales al guanaco y los septentrionales los cururos y aves.

Si faltaban manos para trasladar el animal cazado, el selk'nam lo cortaba en cuartos colgándolos bien alto y protegiéndolos por completo con follaje de *Nothofagus betuloides*, para luego amarrarlos firmemente. De esta forma, la carne no era alcanzada por los zorros y se conservaba fresca durante el tiempo que tardaba en regresar por ella.

En casos de haber una pesca considerable, los pescados eran destripados y colgados fuera de la choza a gran altura, para ser consumidos lo más rápido posible, puesto que al comenzar la descomposición los selk'nam

35 Ibid p.

evidenciaban algún temor³⁶.

Como se ha descrito, la alimentación era abundante, constituyendo su base la carne y grasa animal. Esto, visto con los parámetros actuales de una dieta saludable, sería una aberración; pero, si consideramos el estilo de vida de los selk'nam, podemos notar que los requerimientos alimentarios eran muy superiores a los de la actualidad.

Esto no quedó ajeno a los ojos del padre Martín Gusinde:

*“El modo como los indios se alimentan nos parece sumamente curioso y diferente del nuestro. Con seguridad debieron irse adaptando a él en el curso de varias generaciones, pues es el único posible allí debido a la escasa prodigalidad de la naturaleza. De cualquier modo, esta alimentación incompleta a base de carne preparada deficientemente ha permitido el desarrollo de su cuerpo bien plantado y sano, resistente y longevo”.*³⁷

La llegada de un nuevo hijo a la tribu era siempre motivo de especiales cuidados hacia la madre, llegando a rechazar cualquier método de aborto o anticonceptivo. No podían comprender que en otras culturas se realizaran estas

36 Gusinde plantea la posibilidad de que los selk'nam hayan conocido casos de intoxicación por ingestión de pescado y grasa de ballena descompuesta, afirmando, según sus observaciones, que estos indios rechazaban cualquier carne en descomposición. Aunque esto no descarta que producto de los cambios producidos por la introducción de la oveja en Tierra del Fuego algún aborigen desesperado y hambriento haya consumido alimentos putrefactos.

37 Op. Cit. p. 282.

prácticas para evitar una prole numerosa, que entre ellos constituía el orgullo de toda la tribu.

Todo indio adulto poseía una comprensión fisiológica exacta acerca del origen y desarrollo de un niño. El relato que recogería Gusinde nos deja esa impresión:

"El hombre y la mujer se unen a la manera en que suelen hacerlo los esposos; trabajan conjuntamente. Luego comienza el niño a desarrollarse en la madre, crece constantemente y, al mismo tiempo, el cuerpo materno se agranda. Cuando el niño es lo suficientemente grande, lo abandona y comienza a vivir". ³⁸

Se enteran del embarazo ya existente tan solo después de una hinchazón exteriormente visible del cuerpo materno, no después de la interrupción de la menstruación.

Todos prestan su ayuda a una mujer embarazada y la tratan con particular deferencia, en especial el marido que da muestras de preocupación y cuidado hacia ella.

Comenzados los dolores de parto, el esposo se aleja junto con sus hijos, y la madre se dirige a su lecho donde es ayudada por la parturienta. Luego de dar a luz, la madre limpia todo su cuerpo, por necesidades de higiene, con una

38 Op. Cit. p. 342.

espesa masa de tierra arcillosa clara.

Luego de cortar al recién nacido el cordón umbilical con una valva, ligándolo firmemente con algunas fibras de tendones, se seca la sangre de forma similar a la madre frotando todo su cuerpo con una tierra arcillosa blanca que ha sido preparada antes con poca agua. Este proceso se repetirá durante sus primeros meses de vida.

Existen casos aislados en que el parto se ha dado mientras se efectuaban labores de recolección. Según Gusinde:

...mencionaron casos aislados, en los cuales la madre dio a luz mientras recolectaba leña o bayas; después de un breve descanso prosiguió su camino, llevando en el brazo al recién nacido. FRED LAWRENCE me relató una observación directa: hace bastante tiempo, en Puerto Harberton, una mujer selk'nam había ido a un gran galpón, en el que se encontraba una sierra grande a vapor, para buscar leña. Allí dio a luz sin ayuda alguna. Al cabo de apenas treinta minutos volvió a abandonar el galpón; en un brazo llevaba al recién nacido; en el otro algunos leños. Al pasar, mostró su hijo recién nacido a una india sorprendida y con él se dirigió apresuradamente hacia la choza. Aquí se acurrucó junto al fuego y lavó a su hijo con arcilla blanca y lana blanda de guanaco. Todos los vestigios de sangre los había alejado de sí en el galpón de leña. No

*sintió necesidad de descansar ni siquiera una hora.*³⁹

Las indias son totalmente sanas y de conformación física normal. Se han vuelto resistentes, gracias al hecho de moverse y esforzarse mucho, y ninguna forma de raquitismo ha llevado a una malformación de la pelvis femenina. Por eso en ellas se realiza una expulsión completamente natural del feto, que no pone en peligro ni debilita posteriormente el cuerpo materno.

iii. YÁMANAS

Los yámana, canoeros de la región del Cabo de Hornos, vivían en familias individuales. Según Gusinde, los niños son, para cada familia, de un valor anímico incalculable y constituyen una necesidad casi imprescindible, pues no solamente conforman el lazo que une a ambos padres sino que contribuyen considerablemente a su enriquecimiento espiritual, revitalizándolos anímicamente.

Consideran al parto un proceso natural. Al igual que los selk'nam atribuían la llegada de un hijo exclusivamente a la unión de los esposos y decían que mediante la cópula carnal de éstos el niño comienza a desarrollarse en el vientre materno, creciendo hasta que alcanza su tamaño normal, saliendo

39 Op. Cit. p. 345.

luego a la existencia independiente. Igualmente, desconocen la relación existente entre la llegada de la menstruación y el embarazo.

Poco antes del parto, ninguno de los dos padres puede comer la carne del cormorán; asimismo, durante unos días antes y después de dar a luz, la mujer no debe quebrar ni partir los huesos de aves. De no realizarse cualquiera de las acciones mencionadas, el niño “nacería deforme”.

La mujer también debe abstenerse de comer erizos de mar, mientras que el hombre no está obligado a hacerlo. Pero él no debe romper la caparazón calcárea, sino que otro debe hacerse cargo de ese trabajo, si no el niño “nacería con el cráneo partido”.

El doctor de La Misión Científica Francesa del cabo de Hornos, Paul Hyades, residió en la bahía de Orange (península de Hardy, al sur de la isla Hoste), desde el mes de septiembre de 1882 al mes de septiembre de 1883 donde efectuó notas sobre la higiene y salud de los yámana.

En este trabajo se refiere a la vida de los aborígenes dentro de la choza, dando detalles minuciosos:

“No hay en absoluto puerta, pero la abertura de entrada está frecuentemente reducida por medio de ramas o troncos de árboles, de manera de no permitir pasar nada más que a una persona sin vestimenta. Esta abertura está, en general, situada en un costado

opuesto al viento.

El aire circula libremente a través de los intersticios, siempre numerosos, que separan los largueros de la choza. La lluvia, la nieve o el granizo siguen el mismo camino, y los fueguinos no le dan importancia a esto; si la entrada de agua es muy grande, es para ellos muy fácil remediarla, colocando sobre su morada algunos puñados de hierbas o de tiras de cortezas de árboles.

“Estas chozas están siempre situadas muy cerca de la costa del mar, de manera que desde el interior el fueguino puede vigilar su piragua, anclada o izada sobre la playa, y ver, así, la llegada de nuevos visitantes. Por otra parte, elige preferentemente un lugar protegido de los vientos reinantes, sea por bosques, acantilados o montes. El piso de la choza consiste simplemente en el terreno mismo, que es apisonado por los hombres en el momento en que la construyen. A pesar de esta faena, la humedad del terreno es tal que, frecuentemente, el agua corre por el piso y los indígenas se ven obligados, algunas veces, a practicar un canaleta transversal en el medio de su choza, para que la drene.

“Viven allí, acurrucados o acostados, formando verdaderamente un montón de carne alrededor de un fogón central, en número de veinte, en una choza que como ya hemos visto más arriba, tiene como dimensiones

3 x 2,80 metros. Los que están descansando directamente sobre el suelo están imperfectamente protegidos de la humedad por un ligero lecho de paja o de junco y, aquellos que más o menos están apoyados sobre los otros, colocan solamente sobre sus cuerpos trozos de piel de nutria, de foca o de guanaco, o cualquier miserable jirón de tela obtenido, por trueque, de un navío ballenero que pasaba. Gracias a la ventilación constante de la choza, el aire se mantiene puro pese a la aglomeración de habitantes. Muchas veces yo entré en estos abrigos, casi al fin de la noche, antes de que sus huéspedes se despertaran; nunca pude constatar mal olor. Los fueguinos tienen por regla no ensuciar nunca la choza con sus deyecciones: durante la noche, por ejemplo, orinan siempre fuera de la abertura de entrada, y la defecación se lleva a cabo, igual que durante el día, lo más lejos posible de la habitación, si la noche es clara; en caso de que la oscuridad sea densa, es en la vecindad de la choza, pero siempre en su exterior, que los indígenas satisfacen sus necesidades naturales. Si al volver notan, por la vista o por el olor, que están sucios, tienen el cuidado de limpiarse con un poco de paja y tirarla afuera. Los niños hacen lo mismo, desde el momento en que pueden caminar; en cuanto a los chicos más jóvenes, la madre tiene el cuidado de limpiarlos con un poco de paja seca o la pluma de un pájaro, o

cualquier otra materia análoga. A pesar de sus precauciones, la orina de los niños penetra el suelo, que por otra parte se impregna de detritus alimenticios, aunque los indígenas tienen el cuidado de tirar fuera las conchas de moluscos que han comido, las espinas de pescados, los huesos de aves, etc. De todas maneras, al cabo de un tiempo, una quincena de días o más, abandonan su choza para ir a establecerse en otra parte. Yo mismo he visto que demuelen su habitación para ir a edificarla con los mismos materiales, algunos pasos más lejos, en una situación menos favorable o más húmeda que la primera; la sola razón que me dieron y que me vi obligado a admitir, es que encontraron que la primera choza no era ya tan salubre como cuando comenzaron a habitarla. Generalmente, cuando cambian de lugar dejan su choza intacta y algunas semanas o algunos meses después la ocupan de nuevo pero por un período más corto. Se comprende en última instancia que una choza de este modo deshabitada, barrida por el viento y bañada por la lluvia, queda muy bien limpia bastante rápidamente.⁴⁰

Hyades destaca que los aborígenes evitan cortar árboles verdes o troncos carcomidos y que, en cambio, queman la leña del *Fagus betuloides* y

40 HYADES, PAUL. **Notes sur l'hygiène et la médecine chez les fuégiens de l'archipel du Cap Horn.** Libraire de L'Académie de médecine. Société de médecine publique et d'hygiène professionnelle. G. Masson, éditeur. Tome VI, N° 7, París, 1884. p. 10.

Drymus muertos y secos.

Respecto del efecto que el humo producía a los habitantes de la choza, Hyades comenta:

*“...no pude constatar el hecho adelantado por antiguos viajeros, Weddell entre otros, de conjuntivitis ocasionadas por el contacto frecuente del humo sobre los ojos. El fuego no se apaga jamás, si no es por accidente, pero por la noche, antes de dormir, los fueguinos lo dejan apagar parcialmente, de tal manera de conservar solamente la brasa que les servirá al día siguiente para volver a encender un gran fogón. Tienen así un poco más de lugar para dormir y menos posibilidades de quemarse mientras duermen. Sin embargo hay pocos fueguinos que no tengan cicatrices de quemaduras sobre el cuerpo y principalmente en las piernas”.*⁴¹

Para dormir, los yámana solamente colocan paja debajo del cuerpo, o algún follaje previamente expuesto al fuego para calentarlas. Luego apoyan la cabeza sobre un trozo de madera o un atado de carne de foca que se comerán al día siguiente. Para el frío usan una piel de lobo marino, o varias pieles de nutria cosidas entre sí, que extienden sobre la parte anterior del cuerpo, salvo los miembros inferiores llegando incluso a formar una masa de hombres

41 Op. Cit. p. 11.

tapados con una gran capa cocida.

Las mujeres solamente usan una piel de forma triangular muy corto y muy estrecho, colgado entre los muslos, de piel de guanaco cuyos pelos están vueltos hacia el interior.

Los cuidados del pelo son muy similares a los otros grupos étnicos como también la costumbre de depilarse y cazar las sabandijas que recorren su descuidado cabello.

Es conocido el uso de cosméticos: preparación a base de ocre colorado, arcilla blanca y carbón de leña calcinado, que emplean cada tanto bajo la forma de talco en los cabellos, o de crema diluida con saliva o aceite, dibujando puntos y líneas en el rostro y cuerpo.

En cuanto a la alimentación Hyades realiza la siguiente descripción:

“...durante el verano solamente, y más que nada como refresco, consumen las frutas de algunos arbustos como las del Empetrum rubrum, Vahl., de Pernettya pumila, Hook y de P. mucronata, Gaud; menos frecuentemente las frutas del Berberis ilicifolia, Forst, de Dalibarda o Rubus Geoides, Pers, las frutas del grosellero salvaje, Ribes magellanicum, Poiret y también los hongos parásitos del Fagus antarctica (Cittaria Hookeri) y de Fagus betuloides (Cittaria Darwini). Durante el invierno, si están reducidos al último grado de la escasez,

tienen algunos recursos para engañar el hambre en algunas raíces que son apenas alimenticias, como las del *Armeria magellanica*.

Los mamíferos que se procuran son: la ballena (*Balaenoptera siboldii* B. patachonica), la foca (*Otaria jubata*), la nutria marina (*Lutra chilensis*), el zorro (*Canis magellanica*). Este último solamente es comido cuando están acosados por el hambre.

Las aves que los fueguinos buscan preferentemente para la alimentación son los gansos, los patos, los cormoranes, las gaviotas. He aquí los nombres de las principales especies: *Tachyeres micropterus patachonicus*, King; *Bernicla antarctica*, Gm; *B. poliocephala*, Gm.; *B. magellanica*, Gm.; *Graculus magellanicus*, Gm.; *G. carunculatus*, Gm.; *Anas cristata*, Gm.; *Larus dominicanus*, Licht; *L. scoresbyi*, Trail. También comen de vez en cuando, aunque las capturan muy raramente, algunas especies de pingüinos: *Spheniscus magellanicus*, Forst; *Eudyptes phachyrhynchus*, Gould; *Mirodyptes serresiana*, Oust; de golondrinas de mar *Sterna hirundinacea*, Less; de ostras: *Haematopus ater*; de cercetas: *Querquedula flavirostris*; un albatros: *Diomedea exulans*, L.; de petreles: *Procellaria aequinoctialis* L., *P. glacialis* Smith; algunas gallináceas: *Charadrius modestus*, Lich (pluvial o pardal), *Totanus melanoleucus*, Gm. (caballero), *Gallinago paraguioe*, V.

(becasina), *G. nobilis*, Sel., *Picus megapicus magellanicus* (pico), *Nicticorax obscurus*, Licht (martinete), *Attagis malouina*, falklandika, Bord. Entre las aves de pequeño tamaño matan a pedradas y comen las siguientes especies: *Curaeus aterrimus*, Kittl (tordo), *Turdus aterrimus*, King (mirlo); de gorriones: *Cinclodes niarifumosus*, Laf. y d' O., *C. fuscus*, V., *Taenioptera pyrope*, Kiltl.⁴²

Durante los meses de verano, de diciembre a marzo, los peces - abundantes y fáciles de atrapar- constituyen junto con los mariscos la única alimentación de los indígenas. Los peces más comunes y los más estimados son variadas especies de *Notothenia*: *N. tesellata*, Rich; *N. macrocephalus*, Gunt; *N. cornucula*, Rich; *N. cyaneobrancha*, Rich -estos dos últimos son menos estimadas o más raros-, *Merluccius gayi*, Rich; *Genipterus chilensis*, Guich; *Choenichthys esox*, Guich; *Loepidochoenichthys lentaculatum*.

Los crustáceos entran más raramente en la alimentación. Son los siguientes: *Paralomis granulatus*, Lucas y *Lithodes antarcticus*, Lucas.

Los equinodermos, y principalmente aquellos de escasa longitud y punzantes, que tienen el volumen de una naranja grande, forman después de la desaparición de los peces una parte importante del sustento indígena. Pero, lo que constituye parte permanente de su alimentación son los moluscos y

42 Op. Cit. pp. 15-16.

principalmente *Mytilus Choetopteurus*, *Acanthopteura*, *Patella*, *Fissurella*, y un poco más al norte de la bahía de Orange los *Pecten*.

Todos estos alimentos no son comidos más que después de haber tenido un principio de cocción, entre la ceniza o sobre los tizones, salvo los erizos de mar (*Echinus*), que algunas veces se comen crudos.⁴³

No utilizaban condimentos, aunque consumían habitualmente aceite de foca, en pequeñas dosis, antes y después de cada comida. También eran aficionados al aceite de bacalao.

Beben únicamente agua pura, sacada de los pequeños cursos que descienden al mar o que terminan en pequeñas charcas alrededor de sus chozas.

El ejercicio más común entre los hombres es la provisión de leña, que cortan con una concha de molusco afilada y con mango -luego del contacto con el blanco se hizo frecuente el hacha de hierro-. Además, se ocupan de la caza de focas y nutrias.

La mujer ejecuta tareas menos pesadas, encargándose de buscar mejillones y moluscos en las playas, como también asegurando la provisión de agua dulce a la familia. En la choza, se dedica al trenzado de cestas utilizando junco, fabrica líneas de pesca o collares de fibras de tendones de focas. Se

43 Op. Cit. p. 17.

dedica, a veces, a la natación.

Los niños, según su edad, colaboran en los trabajos del padre o de la madre; los más chiquitos, entre otras tareas, se dedican frecuentemente a matar aves a pedradas en las rocas.

En el parto la mujer adopta una posición cuclillada, no existiendo ayuda de una partera.

Hyades observó durante un parto que el cordón umbilical había sido seccionado con una concha de almeja y luego no se habría ligado, notando solamente una pérdida de sangre insignificante que era secada de vez en cuando.

El mismo día del parto, la madre tomó sola, de hora en hora, baños de mar a temperaturas bastante bajas, operación que repitió por aproximadamente 15 días.

*“El bebé era lavado con agua, por la madre. La que, por otra parte, lo masajeaba muy suavemente en la espalda, pero no regularmente cada día, con su mano que luego de cada aplicación sobre la piel ella había recalentado soplando a través de los dedos flexionados”.*⁴⁴

Por lo menos en tiempos históricos se presentaron casos de aborto voluntario, al que recurría la mujer, solitariamente, para evitar una vergüenza.

44 Op. Cit. p. 23.

La manera de proceder era apretando y friccionando violentamente el abdomen, hasta que el embrión muere y aborta. Este acto no se comenta, pues es condenado rigurosamente.

En general los cuidados del niño son similares en las etnias fueguinas: entibiaban el agua con la boca y salpicaban el cuerpo del pequeño lavándolo suavemente con la palma de la mano, aunque muchas veces es lavado con el agua fría.

El niño debe soportar estos lavados en invierno y verano para luego ser envuelto en una piel suave y caliente. La joven madre repite a conciencia estos masajes durante, aproximadamente, diez semanas, luego va haciendo algunas pausas y al cabo de los seis meses ya casi no lo hace más.

La madre yámana procede casi de igual forma que la selk'nam en el cuidado diario de su hijo. Era extraño encontrar a una mujer joven o madura sin un bebé sobre la espalda, práctica que tenía el objeto de trabajar al mismo tiempo que cuidar el niño.

Son raros los casos de muerte entre niños de un año, puesto que se acostumbran a las crudezas del clima. Junto con la paulatina adaptación al frío, a los cuatro meses se le enseñaba al niño a tomar un chupador con el fin de acostumbrarse paulatinamente a otra forma alimentaria. Para ello le daban un pedazo de tejido grasoso del pato *Tachyeres brachypterus*, lo suficientemente

grueso como para que el niño no pueda tragarlo.⁴⁵

A semejanza de los selk'nam, las mujeres tratan a los niños con permanente fricciones.

*“La propia madre cuida que -no deje de hacerse ningún día de ser posible-, haciéndolo ella misma a menudo, cuando no se dispone de un vecino o pariente. Con ello quíérese lograr que la criatura crezca bien y proporcionada y alcance una linda figura”.*⁴⁶

Los hijos son objeto de mucho cuidado.

Martín Gusinde nos entrega una observación referida a la actitud del yámana con los infantes:

“He observado que todo adulto, las mujeres más que los hombres, le dedica a hijos ajenos, indistintamente, mucho cariño y afecto; pero si un varón llama la atención general por sus travesuras, es reprendido severamente por todos. En las buenas o en las malas, la actitud de los mayores hacia los niños es totalmente uniforme. Un europeo puede deducir de este comportamiento que una mujer que ni siquiera está emparentada con el niño es su madre. [...] todas las familias fueguinas tienen muchos hijos. Pero es inimaginable hasta qué punto la muerte de

45 GUSINDE, MARTÍN. Los Indios de la Tierra del Fuego. Tomo II. Vol. II. Los Yámana. Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires 1989. p. 691.

46 Ibid.

*un hijo aflige a la madre y al padre. Sienten el dolor más hondo y mientras viven no se pueden reponer de esa aflicción. Destruyen todo lo que pueda recordarles a su tesoro perdido, aunque éste no haya tenido más que unos meses. Nunca más vuelven a mencionar su nombre, para no recordar la brecha que abrió la muerte implacable”.*⁴⁷

La educación es esmerada y dura hasta la etapa de la pubertad.

Ya adulto el yámana se casa y asume el rol de abastecedor para su propia familia.

La vida que adoptó el yámana desde la infancia y sobretodo en la pubertad, sin duda, condicionó sus rasgos externos:

El tronco bien desarrollado, pero desproporcionado en relación con las extremidades, que son cortas y algo deformes, lo que les daba una apariencia de mayor altura cuando estaban en posición sentada; los brazos eran largos en proporción al tronco; las piernas débiles, por la poca costumbre de caminar, pasándose la mayor parte de la existencia encucillados o acurrucados en el interior de sus canoas y en la choza.

Su color de piel, oliváceo y bronceado, difícil de distinguir con claridad a causa de la capa de mugre y pinturas, o de grasa con que se untan el cuerpo; el pelo negro y lacio, cayéndoles sobre la frente y los hombros; cejas oscuras

47 Op. Cit. p. 686.

y poco pobladas; casi barbilampiños.

La vida expuesta a los rigores de un clima como el del extremo austral del continente, hizo que su piel sea más gruesa, equilibrando así la resistencia física y anatómica del indígena con la rigurosidad del clima ambiental, permitiéndoles de esa forma la vida nómada expuesta a las crudezas del hábitat natural.

iv. **KAWÉSQAR**

Los kawésqar también tuvieron una increíble capacidad para soportar las bajas temperaturas y humedad características en la zona de los canales australes. Prueba de ello era la poca importancia que asignaban al vestuario el que, en muchas oportunidades, era elemento de trueque con los navegantes blancos.⁴⁸

A la higiene no le daban mucha importancia, aunque, generalmente, entraban en contacto con el agua de mar y lluvia que les ayudaba a mantenerse medianamente limpios. Esto se debe a que la principal preocupación era la búsqueda del alimento a bordo de sus canoas.

Por la alta humedad y bajas temperaturas reinantes en su hábitat los

48 LAUSIC GLASINOVIC, SERGIO. Op. Cit. p. 26.

kawésqar acostumbran mantenerse secos de la siguiente forma:

*“Rápidamente se apresuran, cuando tiritan, a acercarse al fuego, atizar su llama y secarse completamente frotando todo su cuerpo con una bola de musgo seco, para no congelarse”.*⁴⁹

Según manifestara Gusinde: *“...si uno se acerca lo suficiente a los indígenas, capta predominantemente un penetrante y repugnante olor a sudor y orín”.*⁵⁰

No estaban ajenas las molestias ocasionadas por los piojos de la cabeza y cuerpo, por lo que el cuidado del pelo no era frecuente. Al igual que las demás etnias, la cara y cuerpo presentaban escasa velloidad.

“En tanto que los cabellos aparecen abundantes y gruesos, principalmente a consecuencia de la suciedad que se acumula allí y por el crecimiento desordenado, en el resto del cuerpo está menos desarrollada la llamada pilosidad secundaria. Se arrancan con las uñas el vello aislado de brazos y piernas, así como, entre los hombres, los pocos pelos que crecen sobre el labio superior y en la mejilla; lo mismo ocurre con el de las axilas y la parte pudenda. Parece que en ambos

49 GUSINDE, MARTÍN. **Los Indios de la Tierra del Fuego**. Tomo III. Vol. I. Los Halakwulup. Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires 1989. p. 200.

50 Ibid.

*sexos ello obedece a razones estéticas*⁵¹.

En general, la poca higiene era causada principalmente por el ambiente en que vivían. La lluvia y la neblina es continua en esos parajes, y, para ellos, prácticamente no hay techo seguro. Los continuos riesgos que corrían navegando por los canales hicieron que se perdiera el interés por las cosas materiales y su propia existencia sería el único objetivo.

La choza brindaba a la familia una regular protección y el fuego era junto a la comida primordial.

Cuando llegaba la hora de defecar u orinar de noche, el kawésqar generalmente se alejaba sólo unos 5 metros y la limpieza del lugar de campamento la lleva a cabo la constante lluvia, tras la partida de una familia.

Utilizaban la pintura como adorno corporal, la que realizaban sin ningún diseño o modelo específico. El color ocre era mucho más apreciado que el negro y blanco, lo que queda en evidencia en el informe español realizado en la expedición de la fragata Santa María de la Cabeza:

“Refiriéndose a este tema se escribe en el informe de sus oficiales que los hombres eran de buena presencia física, pero que hacían todo lo posible por agradar a la vista de los demás y que, sin abandonar sus condiciones varoniles, se pintaban el cuerpo y la cara. Una de las formas

51 Op. Cit. p. 202.

*más comunes de presentarse era con la cara pintada, dibujándose unos círculos blancos alrededor de los ojos y agregando líneas de color rojo de trazado horizontal y de formas paralelas entre sí. En algunos casos esta forma de pintarse la extendían a todo el cuerpo, presentándose de esta forma ante sus semejantes”.*⁵²

Según la opinión de Lausic, “No se conoce del todo la simbología de estas pinturas, pero es indudable que cada una de ellas era usada dentro de un contexto, que difería en casos especiales como el dolor y la alegría, de acuerdo a lo interpretado por algunos otros actores. Los colores más utilizados eran el rojo, el negro y el blanco, situación ésta que se repite en otros pueblos del austro patagónico. [...] Un aglutinador de estos pigmentos era la grasa de foca, la que una vez impregnada con estos colores se untaba al cuerpo, lo que los hacía emanar un olor poco agradable para los que no estaban acostumbrados”.

⁵³

Generalmente los kawésqar amontonaban los residuos alrededor de la choza, de lo que resultaban los basurales que hoy se conocen como conchales.

Cuando los alrededores de la choza comenzaban a emanar olores desagradables los kawésqar rápidamente se trasladaban a otro lugar, por miedo

52 Cit. Por LAUSIC GLASINOVIC, SERGIO. **Gentes de la Patagonia**. Editorial Ateli, Punta Arenas, 1994. p. 23.

53 Op. Cit. pp. 23-24.

a que llegara “Ayayema”, la enfermedad.

Más importante que la habitación era la canoa, ya que pasaban la mayor parte del tiempo en ella.

La base de su alimentación fue tradicionalmente carnívora. Consumían principalmente: foca, mariscos, aves, pescados y ballenas, -en caso de varamiento-. En las misiones se comprobó su afición a la comida grasa, que de seguro era para ellos una necesidad, considerando las bajas temperaturas que debían soportar.

El régimen vegetariano era bastante reducido y estaba supeditado a las estaciones del año.

Por lo general los kawésqar eran poco dados a manifestar sus sentimientos, lo que se visualizaba por el trato algo frío del padre al hijo - aunque, la llegada de un hijo era motivo de felicidad-. La madre demostraba un tanto mejor esa cualidad, pero a veces caía en la indiferencia.

Hasta los diez o doce años los niños presentaban un vientre voluminoso y desproporcionado, que resaltaba sobretodo al compararse con las delgadas piernas, consecuencia de vivir agachados continuamente en la canoa.

Generalmente no reconocían mayores consideraciones con la mujer embarazada y tampoco existían mayores restricciones de comida, exceptuando los primeros diez días después del parto, en que la madre tenía una dieta pobre en grasa, de moluscos de todo tipo y también de carne de ave.

*“Apenas el recién nacido ha visto la luz del mundo, es frotado con bolas de musgo húmedo y luego lavado con agua de mar fría, la cual la misma madre recoge en una vasija de corteza que está junto a ella, o desde la canoa o de la playa directamente. El niño, por lo tanto, no es metido en el agua del canal como es usual entre los yámana [...] Después de secarlo, la madre lo envuelve, para que se caliente pronto, en pieles de nutria, de tal manera que los pelos suaves queden hacia adentro, esto es, tocando la piel del bebé”.*⁵⁴

Es habitual que la madre lleve al niño en la espalda y, tal como hacen los yámana, a los cuatro meses les den un trozo de grasa de animal (lobo marino o ave). Igualmente, los niños son estimulados en brazos y piernas continuamente.

Los niños son muy activos en el juego y en el transcurso de su vida, hasta llegar a la adultez, son preparados para ser buenos cazadores.

El constante ejercicio y su bajo metabolismo le confirieron al kawésqar una capacidad física impresionante. Por lo general el hombre era muy fuerte y de constitución robusta. Es igualmente una de las pocas etnias que tenía una deformación congénita en el húmero en forma de canal provocada por el desarrollo del tríceps. Las mujeres eran más bien delgadas pero de constitución fuerte.

54 GUSINDE, MARTÍN. Op. Cit. p. 364.



Shamán selk'nam realizando una sanación a través de masajes.

VI. EL CHAMANISMO

Se considera chamán al individuo que tiene facultades de curar, comunicarse con los espíritus y presentar habilidades visionarias y adivinatorias.

Se presenta principalmente en las sociedades cazadoras y recolectoras donde generalmente es capaz de indicar el lugar de una caza favorable o inducir los factores climáticos.

Cumplen un rol central como depositarios de la “sabiduría”, que le es transmitida por un chamán antiguo, para seguir la tradición de ser intermediario entre lo mítico y lo terrenal.

El chamán era una persona respetada y temida por sus poderes sanatorios que, generalmente, se limitaban a una sugestión que producía efectos terapéuticos ante una enfermedad que se consideraba entonces como una fuerza, o elementos invasor que provocaban una desregulación del equilibrio hombre-naturaleza.

En este estado mágico, la medicina posee una función eminentemente social: restablecer la pureza de la comunidad mediante el castigo o la curación de la enfermedad.

En otras culturas aborígenes, como la mapuche, el chamán incluía en su

labor la preparación de hierbas destinadas a solucionar ese desequilibrio y, si bien, la mayoría de las veces se utilizaban con una base práctica para el combate de enfermedades, ocurría también un proceso de sugestión que no necesariamente estaba relacionado con un tratamiento químico-sanatorio.

En Fuego-Patagonia existe una variación, pues si bien el chamán conocía algunas plantas con poder curativo, ello no era en absoluto un secreto para los demás. El uso de las plantas estaba al alcance de todas las personas y su función fue transmitida oralmente generación tras generación.

Lo que si es objetivo: el chaman era considerado un vidente, que se “comunica” con los “espíritus” de la naturaleza.

La realidad de cada etnia proviene de cosmovisiones que consideran al ser humano como parte de la naturaleza y, en este contexto, identifican múltiples agentes causantes de enfermedad, tanto visibles como invisibles, pero todos externos al ser humano.

No se hace distinción entre causas naturales y causas «sobrenaturales» o «mágicas»; en el mundo indígena no parece existir en general dicha distinción, pues todo su mundo es sobrenatural si se analiza a través de sus cosmologías y cosmogonías.

En todas las sociedades aborígenes de Fuego-Patagonia se encuentra el elemento chamánico, donde el chamán-médico podía ser un individuo casi siempre escogido por presentar algunas diferencias con respecto al resto de los

integrantes.

Este médico-sacerdote no sólo es el sanador de problemas individuales, sino ante todo una consciencia socializadora -al igual que los rituales-.

La formación del médico indígena comienza desde que son escogidos para desarrollar ese don, iniciando una preparación muchas veces desde la infancia o adolescencia; muchos son aislados de su comunidad y son entrenados no sólo en el reconocimiento, preparación y uso de las medicinas naturales, sino que reciben una formación espiritual para enfrentar su tarea.

Los intentos de explicar cómo trabajan y curan los chamanes han sido numerosos. Ciertos estudiosos han establecido paralelismos entre la curación chamanística y las curaciones psicoanalíticas y han concluido que en ambos casos se crean eficaces símbolos terapéuticos que conducen a la liberación de la conciencia y a la sanación fisiológica. Varios antropólogos, que rechazan la teoría de que los chamanes son en sustancia neuróticos o psicóticos, han sugerido que éstos poseen ciertas habilidades cognitivas notablemente superiores al resto de la comunidad. Otros eruditos explican el chamanismo como el precursor de sistemas religiosos más organizados, o como una técnica para alcanzar el éxtasis.

Para los aónikenk, la medicina era tradicionalmente una porción más de una forma integral de visión del universo, en la cual la salud y la enfermedad se encontraban estrechamente vinculadas con la armonía natural y las acciones

del hombre que contribuían a conservarla o destruirla.

La sanación ocurre cuando a alguien se le restituye la armonía y se conecta con los poderes universales. La curación no se enfoca en síntomas o enfermedades, sino que se trata al individuo en forma total. En este caso, el individuo no se concibe como un ser independiente y aislado de su medio, sino como parte integrante de un grupo y un medio natural; la comunidad en la que se encuentra enmarcado el hombre también está relacionada con la enfermedad, e interviene en los procesos curativos, dando poder y fuerza al sentido comunitario.

Los conceptos como salud, enfermedad o bienestar físico son difíciles de definir y están estrechamente ligados a la percepción personal y cultural de cada individuo. En los aónikenk este aspecto está unido de manera profunda a su cosmovisión. Los rituales ancestrales y las infusiones no sólo ayudan a eliminar las dolencias físicas, sino que son parte integral de su propia espiritualidad.

La desgracia, la enfermedad y la muerte nunca son acontecimientos casuales o naturales; siempre existe, cuando ellas se manifiestan, la intervención de una fuerza sobrenatural que subvierte el equilibrio de las fuerzas cósmicas, un poder malévolo que despierta. Su concepción del cosmos está relacionada con una dualidad de fuerzas antagónicas, que no son concebidas como un obstáculo para la vida, sino como un elemento básico para

el desarrollo de la misma, mientras permanezcan en equilibrio. Por lo tanto, el equilibrio en el cosmos es visto por esta cultura como el encuentro entre fuerzas opuestas que son, al mismo tiempo, necesarias y complementarias.

En esta concepción cósmica existe una unión indisoluble entre medicina, magia y mitología, el surgimiento de un tipo pensamiento que denominamos los occidentales como 'mágico', oponiéndose al científico por su cualidad totalizadora y de establecer relaciones especiales entre lo cotidiano, lo cosmológico y lo sobrenatural. En este contexto, la enfermedad adquiere un carácter integral y sus causas deben ser combatidas con métodos mágicos.

Los mecanismos que el chamán acciona durante el proceso de curación, corresponden no sólo a su propia 'vivencia del mito' que subyace a su práctica, sino también a la vivencia del paciente que lo conoce. Por lo tanto el enfermo siente que no es solamente una persona especial la que está actuando sobre él, sino toda su concepción del universo, que da sentido tanto a la enfermedad como a la cura.

El paciente se siente entonces parte de un orden cósmico que entra en acción para ayudarlo, orden representado por la figura del chamán quien garantiza que el arquetipo de la relación enfermedad-curación pueda reiterarse con efectividad. Tanto el agente como el paciente poseen una misma vivencia del proceso, y ambos están ligados al ritual que se oficia.

Para comprender el poder del xo'on y su relación con la enfermedad es

fundamental el siguiente testimonio:

“Al este de la Estancia Harberton se sitúa Cambaceres, que es un puesto de la estancia que atiende Lucas Bridges. Antes de la llegada de los Bridges, la zona de Cambaceres es un lugar apreciado por los Yaghanes y algunos Onas de más al norte. “Kwaywel” es del grupo de Kamy - pariente de la abuela de Federico Echeuleilene y pariente de los del grupo San Pablo.

Corresponde al tiempo de la leyenda, y sintetiza la visión que el “Ona” tiene de la epidemia producida por el arribo del blanco. Por supuesto “Kwaywel” es un poderoso “JoOnn”, capaz de traer enfermedad y muerte, por su propio poder y en este caso su “Pode-JoO”, ejecuta la “venganza” por su muerte violenta.

Testimonio N° 6 - Informante Luis Garibaldi:

“Kuaywel”, trajo la enfermedad. Viene siendo pariente de unos indios que vivían en Cabo San Pablo. Tenía cierta amistad con los yaghanes. Entonces ve ahí a Cambaceres, donde acudían siempre los yaghanes, porque es una playa linda y el río es lindo también para atracar sus canoas, cuando eran de corteza de árbol y ahí cerca tienen descanso de cormoranes, tanto de pecho blanco, como de pecho negro y muchos mariscos y peces.

Este había hecho cierta amistad con ellos, pero un día los yaghanes no se sabe la causa, si porque se les había muerto un familiar y le echaron la culpa a él, que los había hechizado.

Cuando llega en una de sus visitas, los yaghanes lo mataron. Uno de ellos le dio un asiento, cerca del rancho, del que parecía ser más amigo, ahí lo atropellaron y lo descuartizaron, pero después los pedazos de él venían a saltos para el norte, la cabeza y los dientes, porque lo hicieron pedazos.

A la cabeza la encontraron los familiares muy adentro del territorio. Después de eso empezaron a morir los yaghanes. Iban disparando con sus canoas del lugar y en las canoas iban muriendo. Murió mucha gente”.⁵⁵

Santiago Rupertini, quien fue preparado para ser xo'on y no logró los poderes necesarios, cuenta desde la perspectiva aborigen en qué consistía y cómo se recibían los poderes para ejercer esta importante función en las tribus de la Tierra del Fuego:

“Otro caso que conozco que no pudo llegar a ser (JoOnn) es el Santiago Rupertini, que era hermano de Leguizamón. Rupertini cuidó a “Kòyot” w JoOnn, le decían ‘Mi tío’, cuando tuvo el sarampión. ‘Kòyot’ antes de

⁵⁵

PENAZZO DE PENAZZO, NELLY IRIS Y PENAZZO, GUILLERMO TERCERO. Op. Cit. pp. 152.

morir le dijo: 'Va a tener los guanacos', porque él era el (JoOnn) del Guanaco. 'Cuando yo muera, después de mi muerte, le voy a dejar mi Poder'. Un tiempo después, de repente ya soñó. Le vino alegría y empezó a cantar del 'Jo' de 'Kòyot'. Empezó a cantar. Meta cantar. Cantaba de su 'Waywenn Jo'. 'Jo' es el Poder sobrenatural que tenía el 'JoOnn' deriva de 'Jò': invocación.

Waywenn es el que hace cantar al 'JoOnn'. 'Jo' es el Poder del mismo 'JoOnn y Waywenn es el espíritu, el Poder en general. Porque tiene un espíritu más sobrenatural que el que tiene, ese Espíritu invisible es el waywenn'. 'Jo' es el propiamente de él. Es waywenn envía hacer cantar: Kas xo pen (Kaz jo pen), que tiene su 'Jo' cantando por dos o tres días. Si no cantaba él no puede entrar a su 'Jo', dentro (Kas) el 'Uaiuenn': Kaz jo pen. En no puede: Kas wajwenn wejj (Kaz waywenn weyy).

Cuando él ya pudo recibir lo que le dio el Waywenn, entonces recién es "JoOn". Pero hay que cantar mucho hasta: k was q'arejmenn (k uaz q'arimeno) en que ya el espíritu que lo hizo cantar se introdujo en él, en su cuerpo, ya sería su 'Jo'. El ya llegó a tener su Waywenn propio, es decir su "Jo" y recién puede decir que es 'JoOnn'. Antes de eso, puede estar el Waywenn, pero si él no le recibo no es 'JoOnn'."56

56

PENAZZO DE PENAZZO, NELLY IRIS Y PENAZZO, GUILLERMO TERCERO. Op. Cit. pp. 167-168.

Cada haruwenh poseía un shamán denominado xo'on, temido y respetado por la comunidad, que era considerado casi como un ser sobrenatural por su constitución distinta a la del resto de los hombres. Estaba hecho de "edredón" o plumones suaves (el waiyuwenh) que alejado del cuerpo de su poseedor es pequeño, pero dentro de aquel crece y se propaga adoptando exactamente su contorno.

El waiyuwenh le era transmitido al shamán en un sueño. Aquél era como un segundo "yo" que realizaba todo aquello que el shamán había planeado y era invitado a presentarse por intermedio del canto. Este canto era un poderoso auxiliar del shamán, él era quien conducía al raptó necesario de la conciencia para que entrara en comunicación con "las fuerzas". Este canto era uno y característico, pero, más que identificar al shamán, cumplía la función de introducir un estado excepcional por intermedio de modificaciones fisiológicas, produciendo una especie de "mareo" que podía aislar al xo'on de los distractores y llevarlo así a la necesaria introspección.

“La principal ocupación del xo'on es la cura. Esta supone que el cuerpo del paciente ha sido violentado por un elemento extraño: el cwake (la enfermedad). Este cuerpo extraño era concebido generalmente como la intrusión provocada por un xo'on rival. Por ello la cura comenzaba con

la pintura facial adecuada, pintura de guerra. El shamán estaba en guerra con la enfermedad. Se trataba de dos líneas aplicadas con el dedo y que iban desde las aletas de la nariz al nacimiento de las orejas; se aplicaban también tres puntos: dos en los pómulos y uno en el nacimiento de la nariz. Las demás líneas se aplicaban verticalmente en las mejillas. Después de esta operación, el shamán se acercaba al paciente que permanecía tendido a la entrada de la choza. Comenzaba una especie de danza, durante la cual el shamán escupía continuamente; y daba pesados golpes con los pies, acompañados de movimientos cadenciosos de brazos, todo esto alrededor del enfermo. Se creaba así un espacio ritual, el sitio de la lucha. Finalmente el xo'on se acercaba a su paciente lo exploraba detenidamente con la vista como si tuviera rayos X en los ojos, y comenzaba a masajear conduciendo el cwake a un lugar determinado del cuerpo desde donde era extraído por succión. Preferentemente se extraía un ratón pequeño, una punta de flecha ensangrentada o un plumón. Eran las manifestaciones visibles del cwake. Con un grito gutural se daba por terminada la sesión curativa.

“Para los selk'nam la mayoría de las acciones condenables provenían de shamanes femeninos. Las dos crueles mujeres que gobernaron en el pasado lo hicieron amparadas en su poder de xo'on. La luna (Kree) había engañado a los hombres haciéndoles creer que su poder de

hechicería tenía un carácter divino y por lo tanto inmutable. Taita, por su parte, también amparada en su poder de xo'on, les impidió salir de caza (a los selk'nam) condenándolos a la hambruna.

“El shamán selk'nam se ocupaba de introducir el dolor de su paciente en un sistema de pensamiento afín al enfermo. El dolor orgánico tenido por irracional debía por ello ser llevado a un universo con sentido.

“La cura consistía en volver pensable una situación dada al comienzo en términos afectivos. Y hacer aceptables para el espíritu los dolores que el cuerpo se rehúsa a tolerar. Que la mitología del shamán no corresponde a una realidad objetiva carece de importancia: la enferma cree en esa realidad, y es miembro de una sociedad que también cree en ella. Los espíritus protectores y los espíritus malignos, los monstruos sobrenaturales y los animales mágicos forman parte de un sistema coherente que funda la concepción indígena del universo. La enferma los acepta o, mejor, ella jamás los ha puesto en duda. Lo que no acepta son dolores incoherentes y arbitrarios que, ellos sí, constituyen un elemento extraño a su sistema, pero que gracias al mito el shamán ya a reubicar en un conjunto donde todo tiene sustentación". (Levi-Strauss, 1973)".⁵⁷

Para Carleton S. Coon, la prostitución no es la profesión más antigua

57 PRIETO, ALFREDO. *La Medicina entre los Selk'nam de la Tierra del Fuego*. Publicado en Internet.

sino, más bien, el shamanismo. En su obra *La Historia del Hombre* incorpora datos interesantes sobre las formas de curación que existían entre los onas. Estos datos son recogidos de la obra *Desde el último confín de la Tierra* escrita por Lucas Bridges, quien, luego de solicitar al shamán Houshken una demostración, apuntó lo observado:

"Houshken no rehusó mi invitación, pero respondió modestamente que estaba "alejado", palabra ona para indicar que podía hacerlo inmediatamente.

"Tras pasar un cuarto de hora, Houshken dijo que tenía sed y se alejó para beber en un torrente cercano. Era una brillante noche de luna y la nieve sobre el suelo ayudaba a hacer el escenario de la exhibición en que nos encontrábamos tan luminoso como el día. A su regreso, Houshken se sentó y rompió a cantar una canción tan monótona que prosiguió hasta que, de repente, se tapó la boca con las manos. Cuando las separó, estaban con la palma hacia abajo y separadas unos pocos centímetros. Vimos entonces que un cordón de piel de guanaco, aproximadamente el triple de grueso de un cordón de zapato, se encontraba en sus manos. Lo pasó sobre sus pulgares, bajó las palmas de sus manos medio cerradas, lo anudó con sus meñiques de forma que aproximadamente un decímetro de cabo colgaba de cada mano.

“El jirón parecía tener no más de seis centímetros de largo. Sin tirar del tenso jirón, Houshken empezó ahora a agitar violentamente sus manos separándolas gradualmente hasta que el jirón, sin dejar de verse sus dos extremos, llegó a medir un metro y medio más o menos. Entonces llamó a su hermano, Chashkil, que cogió el cabo de su mano derecha y retrocedió con él. De casi metro y medio, el jirón que salía ahora de la mano izquierda medía ya el doble de esa longitud. Luego, cuando Chashkil avanzó de nuevo, desapareció en la mano de Houshken hasta que pudo coger el otro extremo del cabo de su hermano. Con una agitación continua de sus manos el cordón se fue acortando poco a poco. De pronto, cuando sus manos estaban ya casi juntas, las aplicó a su boca, profirió un grito agudo y prolongado y luego volvió sus manos hacia nosotros con las palmas hacia arriba, vacías.

“Ni un avestruz siquiera podría haberse tragado de un golpe, sin visible esfuerzo, estos casi tres metros de cordón. Confieso que no sé dónde pudo ir a parar todo el cordón. No podía haberse metido en las mangas de Houshken porque al empezar el ejercicio se había quitado el vestido. Estaban presentes entre treinta y veinte hombres, pero de ellos sólo ocho o nueve eran de una tribu de Houshken. El resto estaban muy lejos de ser amigos del shaman y todos habían estado observando

atentamente. Si hubieran detectado un solo trucaje, el gran médico habría perdido influencia; no habrían creído jamás en nada de su magia. “La demostración no había acabado, sin embargo. Houshken se levantó y se puso la ropa. De nuevo rompió a cantar a cantar y pareció caer en trance, poseído por algún espíritu que no era el suyo propio. Levantándose casi por completo dio unos pasos hacia mí y se quitó su ropa, que dejó caer en el suelo. Llevó sus manos a su boca con un gesto majestuoso y les volvió a repasar con los puños cerrados y los pulgares juntos. Los levantó hasta la altura de mis ojos y cuando estaban a menos de medio metro de mi cara los separó violentamente. Vi entonces que había entre ellos un pequeño objeto casi opaco. Tenía unos dos centímetros y medio de diámetro en su parte media y terminaba en punta hacia sus manos. Podía ser un pedazo de pasta semitransparente o de goma, pero fuera lo que fuera, parecía estar vivo, dando vueltas a gran velocidad mientras Houshken temblaba violentamente al parecer por la tensión muscular.

“La luz de la luna era suficientemente brillante como para que yo pudiera contemplar el extraño objeto. Houshken separó sus manos y el objeto se hizo más y más transparente hasta que cuando sus manos estuvieron separadas cosa de un poco más de un decímetro, me di cuenta que ya

no había nada. No se había roto ni estallado como una burbuja; simplemente había desaparecido, habiendo sido visible para mí durante menos de cinco segundos. Houshken no hizo ningún movimiento rápido, sino que abrió despacio sus manos y les dio la vuelta para que yo las inspeccionara. Parecían limpias y secas. Estaba completamente desnudo y no había ningún cómplice a su lado. Yo miré hacia la nieve, pero no se veía nada en ella y, a pesar de su estoicismo, Houshken no pudo al verme buscar el objeto en la nieve reprimir una ligera sonrisa.

“Los otros se habían reunido alrededor de nosotros, y cuando el objeto desapareció, algunos jadeaban temerosos. Houshken les tranquilizó con la siguiente observación:

“-No se preocupen. La puedo recuperar cuando quiera. “Los nativos creían que todo esto se debía a un espíritu increíblemente maligno perteneciente, o posiblemente parte de él, al shamán del que emanaba. Podía tomar forma física, como nosotros acabábamos de ser testigos, o ser totalmente invisible. Tenía el poder de introducir insectos, ratoncitos, barro, sílex cortantes e incluso una medusa o un pequeño pulpo en el cuerpo de aquellos que habían incurrido en el enfado del señor. He visto a un hombre robusto temblar involuntariamente al pensamiento de este horror y de su capacidad de mal”.

Lucas Bridges era un hombre extraordinariamente destacado y un espléndido reportero. No pudo explicar lo que vio. Está claro que Houshken tenía que exitarse hasta una clase de éxtasis para realizar estas habilidades. No está claro cómo lo hizo, ni importa para el propósito de este libro. Pero queda el hecho de que fue capaz de hacer creer a su auditorio Ona en sus poderes sobrenaturales. Gracias a ellos podía hacer enfermar a sus enemigos o curar a sus amigos. Esta reputación hacía su vida al mismo tiempo más fácil y más dura. Tenía que trabajar menos para obtener su alimento, puesto que los otros le alimentaban. Tenía la satisfacción de ser el centro de la atracción. Pero al mismo tiempo su vida estaba en peligro constante. La enfermedad y la desgracia podían serle atribuidas y ser asesinado fácilmente. Como Bridges dice concretamente: "Con frecuencia, el principal objeto de una incursión, en el clan de los Ona en estado perpetuo de guerra, era matar al médico de un grupo opuesto".

Una vez Bridges pidió a dos shamanes y a la esposa de uno de ellos que le prepararán para iniciarse en la profesión. "Mi iniciación tuvo lugar ante una pequeña fogata, con el refugio corriente de pieles de guanaco inclinadas para proteger del viento. Después de arengarme sobre la naturaleza sería de lo que iba a emprender, Tininisk me indicó que me

desnudara. Hice como se me había indicado y quedé medio acostado sobre mi ropa y algunas pieles de guanaco mientras él recorría mi pecho con sus manos y mi boca tan atentamente como lo puede hacer un médico con su fonendoscopio: moviéndose de la manera prescrita de un sitio a otro y parándose para escuchar aquí y allá. Contemplaba igualmente mi cuerpo como si pudiera ver a través de él con un aparato de rayos X.

"Luego, los dos hombres se quitaron la ropa y Leluwhachin su capa, aunque conservando su ropa interior femenina, y juntaron sus cabezas y manos y produjeron algo que pude ver. Pudo haber sido el pelaje gris muy claro de un perro lanudo de un poco menos de un decímetro, corpulento y con orejas puntiagudas. Con el temblor de sus manos y posiblemente con su respiración, daban a sus movimientos una apariencia de vida. Sentí un olor particular que parecía acompañar a este objeto, cuando mantenido con tres pases de manos juntos, le pusieron en mi pecho con muchos sonidos guturales. Yo no notaba la presión del objeto contra mi cuerpo, pero sin un movimiento rápido ya no estaba más en mis manos.

"Este ejercicio fue repetido tres veces y, aunque cada vez un nuevo perrito me parecía ser colocado sobre mi cuerpo, yo sentía solamente el

tacto de las manos de los magos.

"Ahora se hizo una pausa solemne, como de expectación. Entonces Tininisk me preguntó si yo sentía algún movimiento en el corazón, o si yo veía algo extraño en mi imaginación, algo como una pesadilla; o si sentía ganas de cantar. La verdadera respuesta fue un equívoco "No", pero hice mi negación tan suave como me fue posible... No, yo no podía ser un shaman, capaz de enviar, quizá, un ataque fatal al corazón a cien kilómetros de distancia".

Si el señor Bridges hubiera sido un Ona, podía haber creído que estos objetos plumosos habían entrado a su cuerpo. Podía haber sentido agitarse algo dentro de él, y podía haberse sentido inclinado a cantar. Entonces habría sido capaz de practicar como médico de la siguiente manera: "De pie o de rodillas junto al paciente, observando atentamente el sitio donde se localizaba el dolor, una mirada de horror pasaría por la cara del doctor. Evidentemente podía ver algo que era invisible para el resto de nosotros. Su método podía ser lento o penetrante, como temeroso de que la cosa dañina que ha causado el trastorno pudiera escaparse. Con sus manos intentaría reunir la maligna presencia en una parte del cuerpo del paciente -el pecho generalmente- donde él entonces pondría su boca y chuparía violentamente. A veces su lucha duraría una

hora y la repetiría más tarde. Otras veces el shamán se retiraría de su paciente con el pretexto de mantener algo en su boca con la ayuda de sus manos. Entonces, siempre dirigido hacia el exterior del campamento, quitaría sus manos de la boca apretándolas fuertemente y, con un grito gutural difícil de describir e imposible de explicar, lanza al suelo este objeto invisible y patea ferozmente sobre él. A veces, un poco de barro, un poco de sílex o un ratoncito pequeño y joven puede aparecer como la causa de la indisposición del paciente".⁵⁸

Entre los patagones, la existencia del gualicho está directamente relacionada con los males y las enfermedades. Alcide D'Orbigny, escribe:

"Como ya lo he dicho, al hablar de los patagones, las naciones australes poseen una divinidad, o, mejor dicho, un genio a veces maléfico, por lo general perjudicial, que temen más que reverencian; genio que los patagones llaman Achekenat-kanet, los puelches Gualichu y los aucas Quecubu. Puesto que ese territorio fue más a menudo recorrido por los puelches, fueron ellos quienes perpetuaron el nombre de su genio del mal, dándosele a ese árbol, al que atribuyen el mismo poder. Esa creencia data, sin duda, de hace mucho tiempo y sería difícil encontrar su fuente. Es presumible, sin embargo, que provenga de que, cuando

58
159.

COON S. CARLETON. **La Historia del Hombre**. Ediciones Guadarrama, Madrid, España, 1968. pp.155-

sus grandes correrías, se hallaran fatigados y no quisieran sus caballos pasar sin detenerse por el único lugar con sombra de esos desiertos, o que se murieran de lasitud, lo que los supersticiosos indios no dejaron de atribuir a un espíritu maligno; de allí los conjuros y las ofrendas indispensables para tornarlo favorable. Es, en una palabra, el dios de ese camino, que es menester conquistar sin falta para recorrer el espacio sin malos encuentros y sin accidentes.

Ese dios malo es ni más ni menos que un árbol achaparrado, que, de haber crecido en un bosque, no habría llamado la atención; mientras que, perdido en medio de las inmensas llanuras, anima esa extensión y sirve al viajero. Tiene una altura de veinte a treinta pies, y es todo tortuoso, todo espinoso, formando una copa ancha y redonda; su tronco es grueso y nudoso, carcomido a medias por el paso de los años y en el centro hueco: pertenece a las numerosas especies de acacias espinosas, que dan una vaina cuya pulpa es azucarada y que los pobladores reúnen bajo el nombre común de algarrobo. Lo raro es hallar ese árbol solo en medio de los desiertos, como arrojado por la naturaleza para interrumpir su monotonía. Al contemplarlo los pueblos viajeros de esas comarcas, debió asombrarlos y parecerles maravilloso, lo que puede haber contribuido al culto de que es objeto. En efecto, las ramas

del algarrobo sagrado están cubiertas de ofrendas de los salvajes; se las ve colgadas: allí, una manta; aquí, un poncho; más lejos, cintas de lana, hilos de color; y en todas partes, ropas más o menos destruidas por el tiempo, cuyo conjunto no presenta el aspecto de un altar, sino más bien de un triste baratillo, deshecho por los vientos. Ningún indio pasa sin dejar alguna cosa; el que nada posee, se contenta con la crin de su caballo, que ata a una rama. El tronco cavernoso del árbol sirve de depósito a los regalos de los hombres y de las mujeres: tabaco, papel para hacer cigarrillos, baratijas; también hay algunas monedas. Lo que atestigua, más que todo lo demás, el culto de los salvajes, es el gran número de esqueletos de caballos degollados en honor del dios del lugar, que es la ofrenda más preciosa que un indio pueda hacerle y la que debe ser más eficaz; por eso los caballos no son sacrificados más que en el árbol del Gualichu y en los ríos, igualmente reverenciados, porque se los teme, estando obligados a pasarlos continuamente y desafiarlos, a la vez, por su corriente y su profundidad. Es completamente lógico que los pueblos nómades traten de tornar favorables a los desiertos, donde la sed y la fatiga pueden hacerlos morir, y a los ríos, que amenazan devorarlos; por eso no dudo de que las hordas salvajes de las partes australes dejen de poseer gran número de

lugares que reverencian, señalados por la pérdida de algunos de los suyos. El hombre que desconoce el culto por transmisión, derivado de seres morales y en consecuencia invisibles, teme las causas naturales que pueden hacerle daño; se esforzará en atraérselas, y desde ese momento, hará dioses de una cantidad de accidentes de la naturaleza, tales como los desiertos, los ríos, las rocas escarpadas y la peste. Su culto se extenderá a muchos objetos, todos capaces de inspirarle temor; por eso teme las causas inmediatas que conoce más que el porvenir que desconoce; y, desde entonces, su vida, sus goces se limitarán a las cosas presentes, y serán todas naturales. Tal es la vida religiosa de las naciones australes.

Mi guía quiso apoderarse de algunos objetos depositados en el árbol sagrado, pero yo me opuse y no le permití profanar las ofrendas de los salvajes. Sabía que muchos cristianos que recorrieron esa ruta no fueron siempre tan escrupulosos; que hasta la avaricia de algunos gauchos los lleva, a veces, a seguir a las tropillas de indios que van a comerciar el Carmen, seguros de recoger, en ese lugar, muchos objetos de valor; pero ha sucedido que esos incrédulos, sorprendidos por los indios, pagaron con la vida la profanación. Como era tarde, y me habría sido imposible reunirme con los exploradores en los primeros pozos, porque

*nuestros caballos estaban rendidos de cansancio e incapaces de servir, establecí mi vivac al pie mismo del algarrobo, a pesar de las demostraciones de mi guía y de su terror pánico, porque no sólo temía la llegada de los indios durante la noche, lo que bien podría haber sucedido, y nos habría sido funesto, sino también la influencia del Gualichu sobre nosotros, y no pude lograr convencerlo de que se estableciera junto a mí. Se mantuvo a alguna distancia y no quiso dormir, aguardando, a cada instante, ser atacados por los indios o por el diablo. [...] Transcurrió la noche no sin grandes alarmas ocasionadas por la pusilanimidad de mi peón: su imaginación temerosa le mostraba en todas partes peligros; no quiso encender el fuego, por temor a atraer al enemigo; ni dormir, ni alejarse del caballo, para estar preparado a huir; por eso, varias veces antes del amanecer, vino a rogarme que nos fuéramos, lo que no me decidí a hacer hasta que la aurora coloreó el horizonte y pudo guiar nuestra marcha. Di mis adioses al árbol sagrado que no debía ver más y me puse en camino para regresar a los primeros pozos, de donde, luego de descansar algunos instantes, partimos al galope y llegamos temprano a Carmen”.*⁵⁹

Existe la teoría que las pinturas rupestres de manos en las cuevas,

⁵⁹ D'ORBIGNY, ALCIDE. **Viaje por América meridional**. Tomo II. Emecé editores. Buenos Aires, Argentina. Año 1999. pp. 388-391.

tenían como objeto mantener en las profundidades de la tierra el mal que engendraba en gualicho, que se escondía siempre en los socavones más ocultos.



Tehuelches con sus quillangos.

VII. LAS ENFERMEDADES

Los aborígenes no tienen enfermedades particulares de su raza. En general, están dotados de un gran poder de adaptación a circunstancias climáticas.

Entre las enfermedades que presentaban se pueden nombrar: dolor de cabeza, amigdalitis (que desaparece a los pocos días), bronquitis (que se observa muy raramente y no va acompañada nunca de fiebre ni alcanza un estado crónico) y conjuntivitis.

Las afecciones intestinales prácticamente se reducían a diarreas.

A veces, se producían erupciones cutáneas o eczemas que se curan espontáneamente.

Entre los fueguinos son comunes los dolores reumáticos.

Hyades halló un caso de gangrena que llevó a un adulto a la muerte. Éste fue el único deceso observado en la bahía de Orange durante la misión científica francesa.

Realizó un balance de las enfermedades de los fueguinos y llegó a la siguiente conclusión:

“Ellos no conocen las paperas, ni la locura ni otras neurosis, ni las fiebres

exantemáticas (varicela, rubeóla, escarlatina), ni el escorbuto, ni las afecciones tísicas, ni las enfermedades palúdicas, y jamás escuché hablar de un caso de difteria. En el canal de Beagle, en medio del establecimiento de los misioneros ingleses de Ouchouaya (Ooshovia), constaté, en noviembre de 1882, enfermedades más variadas: un caso de histeria, tres casos de anemia, uno de glaucoma aguda, una metritis puerperal, una neumonía grave, una periostitis y 38 casos de tuberculosis, 15 de ellos en un estado avanzado. Pero aquí entramos, pienso, en el terreno de las enfermedades importadas...”⁶⁰

No sería descabellado decir que las primeras enfermedades introducidas por el blanco en Fuego-Patagonia fueron las venéreas.

El doctor Hyades tiene, sin embargo, una opinión distinta y asevera, por ejemplo, que:

“La sífilis no fue jamás importada entre los fueguinos; al menos conocí un solo caso dudoso, en Ouchouaya: el de un hombre que estaba atacado de periostosis en el radio derecho y que presentaba cicatrices (sin induración) de llagas del glande y del escroto. El mismo individuo tenía una gonorrea actualmente curada. La uretritis es común en el hombre: constaté tres casos en la bahía de Orange y muchos en la

60 HYADES, PAUL. Op. Cit. pp.35-36.

Misión inglesa, donde en dos sujetos iba acompañada de orquitis.

Nunca vi blenorragia entre las mujeres, pero muchas veces constaté un cierto grado de vaginitis con erosión de la mucosa del cuello uterino”.⁶¹

Con la instalación de las misiones salesianas aparecieron nuevas enfermedades. La vestimenta a la usanza europea que muchas veces fue adoptada por los aborígenes, sumada a los cambios alimentarios fueron provocando un desequilibrio indio-naturaleza que resultó fatal.

La tisis pulmonar y la tuberculosis se hicieron frecuentes en la Misión inglesa en Ushuaia que fue fundada en 1869. Pero se puede asegurar que hasta el año 1881 la mortalidad era escasa y las enfermedades muy raramente mencionadas.

“Es en noviembre de 1881 que, por primera vez, se reciben en Londres malas noticias sobre el estado sanitario de los indígenas, muchos de los cuales se quejaban de su salud, y se mencionaba un gran número de decesos de fueguinos en las inmediaciones de Ouchouaya. En 1882, en el mismo establecimiento de la Misión, la tisis alcanza las características de una enfermedad epidémica, provocando la muerte en algunos días de catorce chicos del orfanato sobre un total de veinticinco que tenía éste; además provoca la muerte de una mayor cantidad de adultos, generando

61 Op. Cit. p.37.

*consternación entre los misioneros, que no saben a qué atribuir esta suerte de epidemia que afecta sobre todo las mucosas de la faringe y de los bronquios”.*⁶²

La dureza del clima, se decía, determinaba principalmente la existencia de enfermedades pulmonares que provocaban la muerte de la mitad de los individuos antes de que hayan alcanzado la madurez de la vida.

A comienzos del siglo XX, las enfermedades causaron estragos en las poblaciones indígenas de las demás misiones instaladas en Tierra del Fuego e isla Dawson.

El Padre Del Turco, comentaba una situación grave que se presentó en Isla Dawson:

“En febrero del año 1901 me confiaron la educación e instrucción de varios niños Onas. Eran de carácter tan vivo que sentían placer de hallarme entre ellos. Desgraciadamente, poco tiempo después empezaron a enfermar del flagelo que diezma a la raza, la pulmonía, y tuve que suspender la instrucción civil para limitarme a darles la religiosa. Tanto aprovecharon que debo confesar se hicieron maestros en el arte de morir cristianamente. Deseaban confesarse con frecuencia, y la mayor parte de ellos conservó lucidez de mente hasta el último

62 Op. Cit. p. 39.

*momento, y me pidieron el santo Viático y la Extremaución. Todos insistieron en que les diera un escapulario de la santísima Virgen, una medalla bendita o algún objeto religioso. Fui testigo de muertes edificantes y santas. De los 19 sólo quedan hoy cinco con vida”.*⁶³

Las cifras que presentó Juan E. Belza son claras en indicar la alta tasa de mortandad indígena en Isla Dawson: *“En los años de 1896, 97 y 98 en la Misión de San Rafael de la isla Dawson fallecieron 300 indios: 83 el primer año; 123, el segundo y 89 el tercero. De los 703 fallecidos en la Misión más de un 80% sucumbió de tuberculosis pulmonar”.*⁶⁴

En 1897, una epidemia de influenza ocasionó innumerables víctimas entre los onas “que en dicha estancia [“The Tierra del Fuego Farming Cº].

“Que en dicha estancia habían más de ochenta onas, que recibían de tiempo en tiempo su ración de carne y que no hacían ningún daño a las manadas de oveja.

*“Que se había desarrollado en el invierno una epidemia de influenza, pereciendo muchos de ellos”.*⁶⁵

63 MIGONE, MARIO LUIS. **Un héroe en la Patagonia**. Apuntes Biográficos de Monseñor Fagnano Prefecto Apostólico de Magallanes, Tierra del Fuego e islas Malvinas. Librería del Colegio Pío IX, Buenos Aires, Argentina, 1935.

64 BELZA, JUAN E. **En la isla del Fuego**, 1º Encuentros. Publicación del Instituto de Investigaciones Históricas Tierra del Fuego, Buenos Aires, 1974. p.

65 El Magallanes, 3 de octubre de 1897.

Gran pesar expresó el Padre Luis Carnino frente al inminente declinamiento de prácticamente toda la población indígena que habitaba la misión hacia 1905, cuya agonía era cuestión de poco tiempo:

“Mientras en Punta Arenas se ensañaba la escarlatina y segaba numerosas víctimas, especialmente niños, aquí era desconocida del todo. Pero, apenas llegó el buque que los conducía apareció el terrible azote. Pocos días después casi todos los indios de nuestra misión fueron atacados de la enfermedad.

*Se tomaron todas las precauciones para prevenir las funestas consecuencias, una fiebre elevadísima parecía devorarlos. Se les aconsejaba no se movieran de la cama y que tomaran en abundancia bebidas calientes y sudoríferas que les proporcionaban amenazándoles que si no obedecían morirían inevitablemente. Hablar al viento. Apenas quedaban solos salían de la cama, recostándose sobre el suelo, bebiendo agua fría cuanto más podían. Tenderse sobre la hierba fresca era para ellos el mayor alivio. La muerte hizo estragos y contados fueron los atacados que no sucumbieron. La misión se redujo casi a la nada”.*⁶⁶

Esta situación se generalizó en todas las etnias de Fuego Patagonia, donde, irremediablemente, la población fue disminuyendo más y más. Una

66 DE AGOSTINI, ALBERTO. *Treinta Años en Tierra del Fuego*. Ediciones Feuser, Buenos Aires, Argentina, 1955. p 67.

seguidilla de epidemias.

Aunque el panorama de desolación no impidió que los salesianos continuaran con la tenaz convicción de mantener los sistemas misionales.

Al terminar el siglo XIX, diversas epidemias habían cobrado la vida de más de un millar de indígenas y otro tanto, habría desaparecido bajo circunstancias violentas, las cuales no han permitido hacer aproximaciones exactas del número de aborígenes. Martinic menciona, dentro de los censos más confiables, el realizado por Lucas Bridges, quien contó en Tierra del Fuego a 783 indígenas. Para 1900 no quedaban más de 500.

En el año 1923, se declara según Martín Gusinde la gripe en el territorio, afectando a la comunidad indígena del lago Kamy.

Allí mueren en 1925 “los doctores del lago” Tenenìsq’, Halymìnq’, ChìKyol y sobrevive Toyé.

Se calcula un 30% de mortalidad entre adultos y niños por la epidemia de sarampión solo en 1925. La disminución de las defensas que deja el sarampión, hace que el resto se predisponga para la otra enfermedad, que sigue al ona, como la sombra MeEn al cuerpo chòOw, cual es la tuberculosis.

Pocos son los que en años posteriores se salvan de padecer esta enfermedad.

Con los canoeros yámana sucedía algo similar:

“La mortandad en masa de los yámanas empezó poco después de la

fundación de la estación misional anglicana. Como en ella se reunían muchos indígenas durante casi todo el año y anclaban allí muchos buques argentinos, se explica porqué estalló precisamente en ese lugar la epidemia que alcanzó a todos los que se hallaban presentes en la estación. Las colonias misionales, Ushuaia más que ninguna otra, se convirtieron en escenarios de desolación. Los misioneros se dieron cuenta de la amenazadora situación en la que se hallaban envueltos ellos y los indígenas. Estos últimos abandonaron temerosos las estaciones infectadas y contaminaron desgraciadamente las regiones de sus compatriotas, que hasta entonces habían permanecido inmunes. Y mientras éste y aquel grupo yacían bajo los enigmáticos síntomas de la enfermedad, traía otro nuevo buque una nueva infección. Los más duros estragos se desarrollaron hacia el año 80 del pasado siglo. Los misioneros se vieron impotentes ante la incontenible mortandad de los indígenas. Estos calificaban a Ushuaia como el "cementerio de su tribu", y desde entonces no frecuentan aquel lugar en donde la burocracia argentina originó también no pocas molestias. Los aislados gérmenes patógenos se propagaron con extraordinaria rapidez. Para los contagios los pueblos primitivos se mostraban mucho más sensibles que los civilizados, en la que la sucesión de generaciones produce cierta

inmunidad. Nada se exagera cuando se atribuye a la tuberculosis la mayor parte de las muertes entre los yámanas desde el establecimiento de los europeos. Con esta plaga competía en voracidad el sarampión, presentado por primera vez a fines de 1884. En comparación con las terribles pérdidas de vidas humanas que hay que atribuir a estas dos enfermedades infecciosas, significan bien poco los casos de fallecimiento por otras epidemias; nos referimos a la viruela, tos ferina, tifus, gripe, sífilis y algunos otros males. ¡Tristes presentes con los que el europeísmo obsequió a los yámanas! Las familias que por permanecer en el bosque no habían tenido contacto con los europeos se mantuvieron sanas por algún tiempo, hasta que el fin siguieron la misma suerte de sus compañeros de tribu. Con la más extraordinaria rapidez se despobló el archipiélago meridional. Por los efectos de las graves epidemias y sospechosas innovaciones que, como secuela de los blancos, tomaron carta de naturaleza en la región de Cabo de Hornos, la primitiva población de cerca de 2.500 miembros de la tribu habían descendido a fines de 1945 a poco menos de cincuenta.⁶⁷

Bajo este crítico escenario, siguió latente la amenaza de la proliferación de nuevas enfermedades y comenzó una migración forzada de muchos varones

⁶⁷ GUSINDE, MARTÍN. Mortandad de yámanas. Publicado en Revista Impactos N° 7. Punta Arenas, 1990.

hacia las estancias ganaderas, para encontrar allí, el sustento básico a sus necesidades. No existían más alternativas para el destino de etnias que prácticamente estaban condenadas a desaparecer y sólo existía la posibilidad de someterse a las exigencias del modelo occidental.

En el territorio continental ocurría algo similar. Sería la viruela la enfermedad que terminaría con uno de los grupos más numerosos de aónikenk.

En 1905 Cacique Mulato realizó un viaje a Santiago para entrevistarse con el presidente de la República, debido a que le habían sido expropiadas 10.000 há. Era su segunda visita a la capital.

“Pero la desgracia se había ensañado ya con Mulato; en el viaje su nuera contrajo la viruela, teniendo que internarse al llegar en el Lasareto de Miraflores donde falleció a los tres días de su arribo.

“Mulato se dirigió a su campamento. Llevaba el germen de la viruela y fue así como de la misma forma falleció su hijo. El contagio fue general falleciendo en poco tiempo la casi totalidad de la tribu y también el Cacique Mulato.”⁶⁸

Luis Garibaldi, descendiente háAws, dice que el sarampión y la influenza fueron avasallantes para el grupo de los háAws::

...[el háAws] tuvo la fatalidad que empezaron el tráfico de europeos y

68 PERICH S., JOSÉ. **Extinción indígena en la Patagonia**. Impreso en los Talleres Gráficos de Uteau y González Ltda. Punta Arenas, 1985. p.150.

naufragios, empezaron las enfermedades, pestes no conocidas por estas agrupaciones.

Recuerdo una vez pasó una expedición de barcos japoneses, por el Canal de Beagle. Nosotros éramos muchos, algunos mayores y mujeres. El caso es que nos enfermamos de una peste de sarampión, todo el grupo, hombres y mujeres. Menos mal que el patrón tenía medicamentos y en cajones grandes donde venía ropa de Inglaterra, que estaban forrados de fina lata, le poníamos agua tibia y nos dábamos baños todos, grandes y chicos y mujeres. Esa suerte nos aconteció en la zona de Río Grande en el año veinte, una peste de sarampión con influenza. Ésta era más fatal, murieron los pocos indígenas que quedaban, en el término de dos años”.⁶⁹

En la época histórica la introducción del alcohol sería de funestas consecuencias para estos grupos que no conocían las bebidas alcohólicas.

Es prácticamente imposible calcular la cantidad de muertes que provocó esta enfermedad.

[...] el maltrato que sufren los indios, en especial los canoeros, el maltrato, el uso del cuerpo del indio para la práctica del tiro al blanco, el rapto de la mujer, su uso sexual y el abandono posterior en una isla. El

⁶⁹

PENAZZO DE PENAZZO, NELLY IRIS Y PENAZZO, GUILLERMO TERCERO. Op. Cit. p. 106.

trueque desigual del cambio de pieles por chucherías y lo que más critica el misionero T. Bridges, el aporte de alcohol que enloquece y embrutece al indio. Cuando es incorporado a su vida cotidiana le hace adquirir una nueva conducta, entonces el indio en lugar de retacear - ocultar su mujer e hijos, llega a cambiar a las niñas y las jóvenes por una botella de anisado, bebida preferida del canoero.

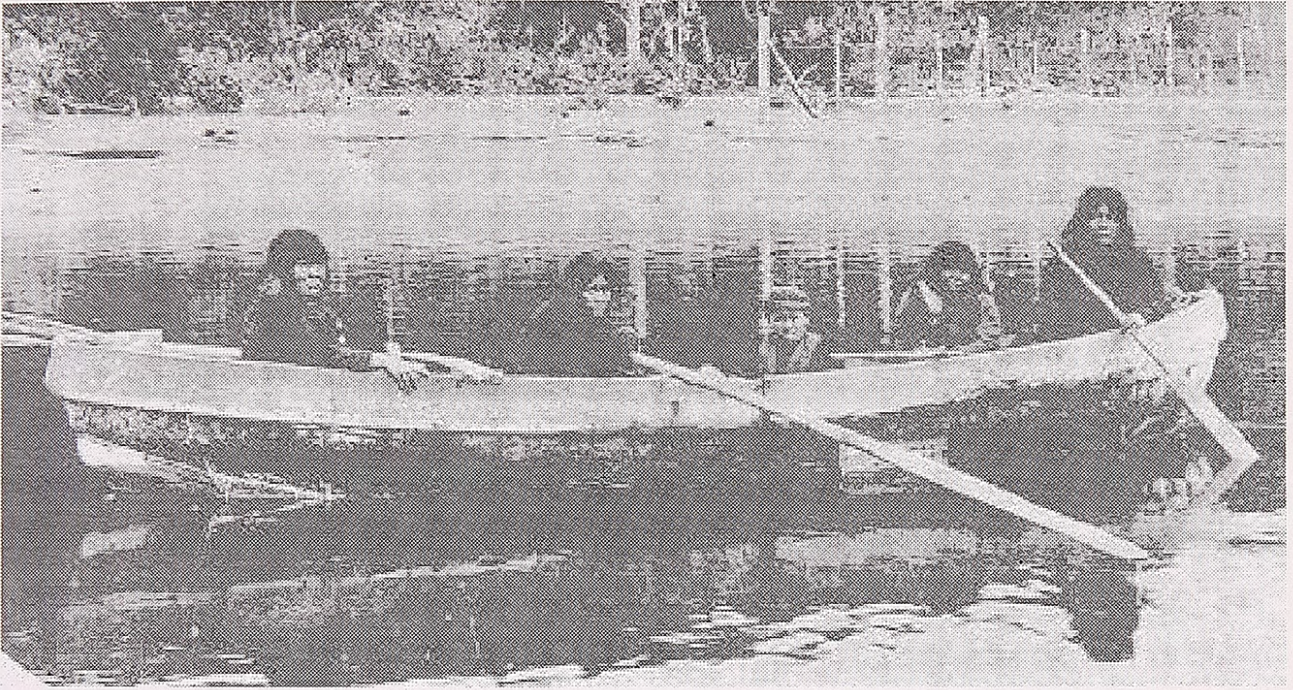
No es raro, que un barco que sirve de comercio ambulante, sirva de lugar de encuentro para el trueque de mercadería, entre ellos la humana.⁷⁰

Alejandro Lipschutz, durante una visita realizada el año 1946 a Tierra del Fuego comprobaría que:

“Al comienzo del año 1946 conocí a los últimos fueguinos. Llegamos a Tierra del Fuego en misión científica que nos encargó nuestro Gobierno y con la que debidamente cumplimos; pero lo que vimos y supimos era para llorar, sí, para derramar lágrimas de sangre...”⁷¹

⁷⁰ Op. Cit. pp. 106-107.

⁷¹ LIPSCHUTZ, ALEJANDRO. *El problema racial en la conquista de América*. 1963, p. 166.



Canoeros Kawésqar de la época histórica.

VIII. PLANTAS MEDICINALES

Importante es establecer el uso que hacían de las plantas para efectos medicinales, como acontece en todos los pueblos primitivos.

Pese a la poca variedad de la flora, existen escritos de investigadores y testimonios de aborígenes que nos permiten informar sobre la utilización de especies vegetales en su incipiente medicina.

i. AÓNIKENK

Mateo Martinic, refiriéndose a los aónikenk, explica::

“En lo tocante a la medicina natural, la misma debió basarse principalmente en el conocimiento que los indios poseían sobre los recursos vegetales de su entorno, lo que en el curso del tiempo les permitió disponer de una reducida farmacopea para atender a sus requerimientos sanitarios. En efecto, los contados datos que han podido espigarse dan cuenta del empleo de la planta denominada guaycurú como purgante en caso de estreñimiento [...] y del Té pampa (Satureja darwini), del que la experiencia les hacía aprovechar inconcientemente

las propiedades antiinflamatorias, antibacterianas y antiespasmódicas de alguno de sus componentes químicos; y asimismo, de una yerba indeterminada que crece en la zona del estuario del río Gallegos, útil para mejorar los dolores reumáticos (Fide schyte). Fitz Roy igualmente menciona el uso de la savia aromática del tallo de una planta que por la descripción que brinda parece tratarse de la Azorella selago, aunque también podría ser la Bolax gummifera, producto que era muy eficaz para la curación de las heridas expuestas [...] Del mismo modo que los selk'nam, los aónikenk pudieron conocer las propiedades curativas de las flores del romerillo (Chilotríchium difussum) para aclarar la visión, del Misodendrum spp. para combatir los dolores musculares y de las hojas y corteza de la parrilla (Ribes magellanica) para la mejoría del malestar estomacal.

Por otra parte, es posible que por la tradición los indígenas hubieran recibido de sus antepasados algunas técnicas rudimentarias tales como las de practicar sangrías como febrífugo, la de acomodar huesos en caso de zafaduras y la de curar algunas heridas mediante lavados y aplicación de algunas pócimas. Inclusive, aunque de manera excepcional, en época tardía, esto es, en plena aculturación, los indios conocieron y usaron de las medicinas propias de los civilizados, a juzgar por el dato que da

Radburne en cuanto que Mulato “siempre tenía un botiquín con medicinas en su casa en el Zurdo” [...] Cuando la medicina natural que al parecer era ejercida previa y preferentemente en el ámbito propiamente doméstico se demostraba incapaz para devolver la salud a un enfermo, debía por fuerza recurrirse a la ciencia chamánica. Esta circunstancia debió hacerse recurrente a partir del tiempo en que se intensificaron las relaciones con los foráneos y, por esa vía, se difundieron entre los indígenas las enfermedades propias de los civilizados”.⁷²

Es muy probable, además, que en el proceso de araucanización de la Patagonia hayan incorporado alguna variedad de los grandes conocimientos etnobotánicos adquiridos por los mapuches

ii. SELK’NAM Y HÁAWS

En enero de 1965, el investigador Raúl Martínez Crovetto efectuó un importante trabajo etnobotánico en la Tierra del Fuego, destinado a encontrar los nombres de plantas y sus utilidades entre los últimos sobrevivientes

72 MARTINIC BEROS, MATEO. *Los Aónikenk, historia y cultura*. Ediciones Universidad de Magallanes, Punta Arenas, Chile, 1995. p. 301.

selk`nam.⁷³ Los indígenas que le suministraron la información fueron Esteban Ishtón, Lola Kiepja, Luis Garibaldi, Santiago Rumatini, Ángela Loij y Francisco Minkiól.

Martínez Crovetto determinó que los selk`nam tenían grandes conocimientos teóricos y no así prácticos de las plantas, siendo el principal rubro el relativo a las alimenticias, pues casi el 90% de las útiles eran comidas de una manera u otra. En total describió 179 plantas mencionadas por los indígenas, de las cuales poco más de cuarenta eran consumidas.

En su dieta vegetal eran importantes los hongos, especialmente los del género *Cyttaria*, pese a que consideraban que deformaban el cuerpo, por lo que evitaban su ingestión excesiva.

*“En tiempos de hambruna, cuando no podían hallar presas o plantas terrestres, recurrían a las algas. Las mujeres hacían la recolección sistemáticas de plantas, y todo el mundo recogía hongos y bayas. Ciertas variedades de hongos les gustaban especialmente y los conservaban secos en balsas de cuero. No existe ninguna en la isla con propiedades alucinógenas. Obtenían savia vegetal raspando la corteza de la lenga (*Nothofagus pumilio*). Asaban las raíces y los tubérculos de ciertas plantas para comerlas. Apreciaban mucho los apios nativos*

73 Etnobiológica. Universidad Nacional del Nordeste. Facultad de Agronomía y Veterinaria. Corrientes, República Argentina. *Estudios Etnobotánicos*. IV. Nº 3, febrero de 1968, pp. 2-19.

(*Apium australe*) y otros del género *Azorella*, por su alto contenido de vitamina "C", eran buscados como remedio contra el escorbuto por las tripulaciones de los barcos que recalaban a lo largo de la costa, especialmente en la bahía Buen Suceso".⁷⁴

Angela Loij se refería a las numerosas especies adventicias que existen en la Tierra del Fuego, diciendo que eran "plantas de la civilización" o bien "plantas que vinieron del hombre civilizado".

Para las heridas utilizaban una rosasea que llamaban **tâpl** (*Acaena ovalifolia*), cuya raíz hervían y luego de picada la aplicaban con una venda sobre las heridas para curarlas.

Para descongestionar las vías respiratorias en caso de catarro utilizaban **wookét** o **woojét**⁷⁵ (*Calvatia lilacine*), para lo cual los antiguos quemaban la gleba y aspiraban el humo.

Con la planta **chepl**, **chíspl** o **shúj** (*Cladonia laevigata*), se lavaban y rasqueteaban el cuerpo y luego se secaban con ánhuel.

Interesante es el uso de la *Cyttaria darwinii*, llamada **terr** o **térr**. Esta planta cuando es joven se denomina **terr orr** y cuando vieja **ióuken**, **ióken** o **kióken**. Se come cruda o asada al rescoldo en cualquier estado, pero cuando

74 Chapman, Anne. **Los selk`nam. La vida de los onas**. Emecé Editores. 1986. Bs. Aires. p, 47.

75 Cuando se da más de un nombre selk`nam se debe a versiones de informantes distintos.

vieja es menos apetecida. Antiguamente las mujeres, luego del parto y mientras duraba la cuarentena, se mantenían exclusivamente de este hongo.

Es importante manifestar que las mujeres embarazadas y después que daban por primera vez pecho a su hijo no podían comer hígado.

De acuerdo a un testimonio hasta ahora desconocido de Federico Echeuleilene “*hay algo que no se puede decir, algo de la cuestión de la menstruación; decían que si comían eso hacían de cuenta que comía su misma menstruación, hasta que no le daban el permiso no podía comer hígado*”.

La *Cittaria harioritti*, a la que igualmente llamaban **terr**, se usaba de la misma forma que la especie anterior.

De **kó'or**, la mata negra (*Chilotricium diffusum*) se usaban pequeños trocitos de ramas, de unos 5 mm de largo para tatuar la piel, para lo cual se colocaban parados sobre la piel previamente humedecida con saliva y se les prendía fuego en la punta, dejándolos consumir hasta quemar la piel, doloroso tatuaje que llamaban **lóiste**. Para aclarar la vista se frotaban con las flores de esta especie sobre los ojos.

El canelo (*Drymis winteri*), **choól** o **chól**, era usado en la confección de arpones y su corteza decoccionada se empleaba contra la caspa en lavados de cabeza.

Con el coirón seco (*Festuca gracillima*), **ôt** o **ôte**, rellenaban la parte

interna de los zapatos de cuero, para hacerlos más mullidos y adaptarlos al pie.

Con el *Myzodendron punctulatum*, que denominaban **tènokán**, **tenoká** o **téno**, se frotaban el cuerpo con la planta para calmar los dolores musculares.

La corteza de parrilla (*Ribes magellanica*), **shèrrhen**, **shèthen**, **shitr** o **shetrr**, se usaba medicinalmente haciendo una teína que se bebía contra el dolor de estomago.

Como información general, de gran importancia, entrego una síntesis de otras utilidades de la plantas para los selk´nam:

1.- ALIMENTICIAS:

Flores: *Taraxacum gilliessi*, *T. officinale*.

Frutas: *Berberis buxifolia*, *B. empetrifolia*, *Empetrum rubrum*, *Fragaria chiloensis*, *Pernettya mucronata*, *P. pumila*, *Ribes magellanica*, *Rubus geoides*.

Hongos: *Agaricaceae* no determinada, *Agaricus pampeanus*, *Cittaria darwinii*, *C. Hariotti*, *C. hookeri*, *Fistulina hepatica*, *Poluyporus eucalyptorum*, *P. aff. Garanus*.

Partes vegetativas aéreas: *Apium australe*, *Hypochoeris radicata*, *Taraxacum gilliessi*, *T. Officinale*.

Raíces y tubérculos: *Adesmia lotooides*, *Apium australe*, *Arjona*

patagonica, *Azorella filamentosa*, *A. lycopodioides*, *A. monantha*,
A. selago, *A. trifurcata*, *Bolax caespitosa*, *B. gummifera*, *Boonis*
australis, *Hypochoeris incana*, *H. incana* var. *integrifolia*,
Oreomyrrhis andicola, *Taraxacum gilliessi*, *T. officinale*.

Savia: *Nothofagus pumilio*.

Semillas: *Descurainia antarctica*.

2.- ANTORCHAS:

Nothofagus betuloides, *N. pumilio*.

3.- ARMAS E INSTRUMENTOS VARIOS:

Berberis buxifolia, *B. ilicifolia*, *Drymis winteri*, *Maytenua*
magellanica, *Nothofagus antarctica*, *N. betuloides*, *Ribes*
magellanica.

4.- CESTERÍA:

Agropyron patagonicum, *Marsippspermum grandiflorum*.

5.- LAVADO:

Cladonia laevigata.

iii. YÁMANAS

Entre los yámana, los enfermos se atienden a sí mismos, es decir se limitan a permanecer todo el día en un rincón de su choza, cerca del fuego y tapados con pieles de focas o de nutrias; sus familiares no se ocupan para nada de ellos salvo para darles de beber o de comer.

“[Por lo general] los fueguinos no conocieron los medicamentos; todo aquello que podría compararse con una práctica médica se limitaba a provocar transpiraciones localizadas por medio de un fogón, recubriendo con una piel la parte enferma del cuerpo, o bien el masaje ligero que practican con los pies o más frecuentemente con las manos previamente calentadas cerca del fuego.”⁷⁶

Los yámana eran afectados por pocas enfermedades. Esto es una ventaja considerando la poca variedad de elementos curativos que les entregaba la naturaleza en esos parajes del fin del mundo.

Una práctica común entre estos aborígenes era el ayuno completo durante un día, con el objeto de curar cualquier indisposición. De esta forma, el enfermo se acurrucaba en su choza al calor del fuego. El objeto de ello era transpirar al máximo para lo cual muchas veces se cubrían además con pieles.

76 HYADES, PAUL. Op. Cit. p. 38.

Entre los “remedios” figura el aceite de pescado, que era utilizado para frotamientos, en casos de reumatismo, y tibio para los dolores del conducto auditivo en el caso de los adultos. Para el dolor de oídos en los niños y para la limpieza de los ojos se dejaban caer algunas gotitas de leche materna tibia en la zona afectada.

Para los calambres se efectuaban frotamientos con hojas frescas de *Drymis* y, en caso de ciática, el enfermo se acuesta de cúbito ventral para que alguien le aplique el pie -previamente calentado al fuego- sobre la zona afectada, repitiendo el tratamiento en toda la espalda hasta lograr alivio.

Gusinde refiere que los yámana utilizaban como purgante las hojas de *Drymis winteri* que ingerían masticándolas, resultando también para enfermedades del corazón y del estómago. Otros purgantes utilizados eran el aceite de pescado y el jugo de un tronco de haya joven que, además cura la inflamación de los ojos. Las conjuntivitis no eran muy habituales, pero ante una leve molestia los yámana solían darse un baño de ojos, sumergiendo el rostro en agua salada mientras se abren y cierran los párpados repetidamente.

Para los vómitos se bebía abundante agua salada.

La masticación de liquen grande (*Usnea barbata*), es efectiva contra la diarrea. Para que funcionara era esencial que se tragara solo el jugo.

Cuando se trata de problemas respiratorios, Gusinde explica los diversos tratamientos, que se asemejan bastante a los utilizados por los kawésqar:

“El jugo del apio es utilizado para problemas respiratorios. Para combatir la tos, los yámana embadurnan el cuello con saliva, realizan un masaje breve, que en realidad es un masaje mágico, y con frenéticos movimientos de mano quitan soplando la tos. Quien espata sangre, traga agua de mar; mejor todavía es que se ponga totalmente en el agua, se sumerja varias veces, trague repetidamente agua y, luego, se seque muy bien para ponerse en el lecho junto al fuego de la choza. En caso de palpitaciones cardíacas y punzadas en el corazón, el enfermo debe quedarse inmóvil en el lecho. Quien se siente afiebrado, lo que en verdad ocurre muy raras veces, se acuesta en la playa de modo tal que las aguas lo cubran; según el caso, aguanta veinte o más minutos cubierto por las aguas, no consume ni aceite de pescado ni grasas, ni carne de ballena, de león marino o de aves.”⁷⁷

El dolor de cabeza, tan común, era combatido colocando alrededor de las sienes ortiga fresca, sujetándola con una lonja de cuero. Otro método utilizado era golpearse suavemente toda la cabeza con un manojo pequeño de *Pernettya mucronata*.

Ciertos dolores eran tratados con pequeñas sangrías.

Para completar el cuadro del uso medicinal de las plantas, citaremos

77 GUSINDE, MARTÍN. *Los Indios de la Tierra del Fuego*. Tomo II. Vol. III. Los Yámana. Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires 1989. p. 1438.

nuevamente a Gusinde:

“Heridas purulentas y forúnculos de cualquier tipo son tratados por los yámana de diversa manera. La corteza de ramas nuevas de cualquier árbol se sostiene por un extremo sobre el fuego y la savia que cae por el otro extremo se deja gotear sobre la parte afectada. Durante el invierno, en lugar de esas ramas, se utilizan tallos de un dedo de grosor de macrocystis. Ciertas excrecencias del tamaño de una cereza, que se observan en algunos troncos de haya, contienen una sustancia pegajosa; ésta se deja caer en las heridas después de aplastar el bulbo; sobre esto se vierten edredones que se pegan sobre la herida y la secan. Cuando se producen erupciones cutáneas, eccemas, etc., se embadurna todo el cuerpo con cal o, en lugar de ello, también se lo frota con las secreciones resinosas y gomosas de la azorela; este remedio actúa con seguridad sobre forúnculos. Las pústulas se mojan y se frotan suavemente con saliva. Sobre partes del cuerpo afectadas de hinchazón se colocan tallitos y hojitas frescas de macrocystis; éstas forman después una masa mucosa que se deja actuar sobre la parte afectada. Sobre un diente que duele se colocan astillas recién preparadas de agracejo. Las piezas flojas de la dentadura se extraen moviéndolas con los dedos.

Alrededor de un brazo quebrado se colocan, en primer término, algunas varillas cortas, luego algunos trozos de cuero, y por último se envuelve todo con fuertes lonjas de cuero; este vendaje se deja así hasta que el dolor y la hinchazón han cedido. De la manera descrita los fueguinos se ayudan a sí mismos cuando se ven afectados por accidentes y sufrimientos físicos.⁷⁸

iv. **KAWÉSQAR**

El kawésqar Alberto Achacaz Walakial, uno de los últimos sobrevivientes de esta etnia, que vive actualmente en Punta Arenas, dice:

“Con negro nos pintábamos la cara con hollín para defendernos de las ballenas, para que no entrara la grasa a los ojos, porque los ojos duelen con la grasa, que es muy fuerte. Usábamos la misma ceniza negra para el ardor. Nos pintábamos con eso y el ardor pasaba rápido, porque eso es bueno. Yo lo probé. Una vez me pinté con eso y se quitó”.

[...] *“Si a una familia se le había muerto alguien, ésta se pintaba la cara roja. La cara se ponía roja completa y los labios siempre blancos. A veces, cuando se moría un pariente o alguien cercano, se hacían unas*

78 Op. Cit. pp. 1438-1439.

pintitas redondas. **Paijena** se llamaban esas pintitas”.

[...]“Nosotros no teníamos machis ni brujos. A uno cuando niño lo sanaban los padres y cuando grande se sanaba solo. Jefes tampoco teníamos. No nos gustaban los jefes porque uno se manda solo, cuando uno anda con su embarcación y tiene su propiedad (**as kayaf**). Eso es lo que más importa. Cuando uno se manda. Nadie se metía a mandarlo a uno. Uno decía ¡vamos a tal parte! y ¡vamos andando no más!”.

“Cuando teníamos enfermedades (**af**) como el resfrío (**atajayeres**), por ejemplo, nos tiraban al agua. Si sentíamos molestia en el cuerpo o dolores ¡vamos tirando al agua! Ahí nos mejorábamos. ¡Ay, cómo mejora el agua! Eso es lo que he pensado ahora. ¡Cómo miércoles una persona que está recontra fregada, jodida, se tira al agua y se mejora! ¡Oye, una vez yo ví esa cuestión!”.

“Cuando nos dolía el estómago (**kachán**) usábamos el apio silvestre (**aamtap**) que sale en la playa (**kolaf**). Lo ponían a hervir, tomábamos su agüita y con eso pasaba el dolor de estómago”.

“También se utilizaban las sangrías (**taksá**). Nos hacían un tajo (**saksá**) y sacaban sangre. Por ejemplo, si había dolor en la cintura (**kiutjar**), con una hoja de gillete o con un zuncho de hojita plana y bien arregladita se tiraba el cuerito (**kawas**), se hacía un tajito y ahí empezaban a chupar la

sangre con la boca (**afstai**). La sangre se colocaba en cáscaras de cholgas que se calentaban al fuego hasta que quedaba casi seca. Eso lo hacía cualquier persona pero casi siempre había uno en especial. Después se sacaban tres conchitas con sangre cocida en el fuego, bien calientes y se escondían para que nadie las botara, porque tenían que secarse para que el enfermo mejorara más pronto”.

“También se hacían masajes (**yentana**) con agua de mar, que se calentaba antes de empezar a refrescarse donde le dolía”.

“La diarrea (**kayap**) se mejoraba a puro apio. Cuando había una infección (**awás**) uno se sacaba el cuerito, se raspaba la carne de más abajito, la cáscara (**atcheguejar**), y después se echaba agua de canelo (**saltájar**). ¡Salía como color de ají del agua del canelo! Eso se hacía con las infecciones y así se mejoraba. Claro ¡puta que es bueno! Y es picante (**chalchás**). A la corteza del canelo se le echa cualquier agua y se pone a hervir adentro de un tacho”.

“Cuando venía un parto (**atalchachálap**) la mujer era ayudada por su compañera (**kochalakso**). Se juntan todas las mujeres y la que entiende más es la que atiende. La rodean todas sus compañeras, que comienzan a apretarle el vientre (**sarrakte**) y ¡qué sé yo! Hasta que sale la guagua. Después le echan un poco de agua y ¡ya! El cordón umbilical (**kiokstal**)

lo cortaban con un cuchillo o cualquier cosa y lo amarraban (**chapakana**). Después lo cosían (**akapana**), poniéndole un trapito caliente (**awalquestaies aguafna**) en la parte donde se cortó. Ahí van "refricando" (**yentana**) y van hundiendo (**áριο**) el ombligo hasta que queda bueno".

"Para las medicinas usábamos apio silvestre que sale en la orilla de la playa y también la hoja del canelo, ¡puta en esa parte está lleno! Las heridas (**erso**) se sanaban con jugo de apio (**cheseja am tak**). Se ponía el jugo en la herida y se tapaba con lampaza (**iakaka**), la hoja de una planta que sale en la playa, en las rocas. Es una hoja grande que en su raíz tiene un tubérculo como el nabo, que nosotros llamábamos **meiok**. Sale en la tierra dura y es como una papa grande. La hoja es buena para cicatrizar (**erskiosna**) las heridas".

"Lo que sí es cierto es que los blancos nos contagiaron (**stank se**), muchas enfermedades venéreas, porque antes se contagiaba a la gente. Dicen que los marinos de los buques japoneses, que venían a cazar ballenas, andaban por los canales y contagiaban a las mujeres; los que se enfermaban sufrían diarreas y cagaban pura sangre. Así moría mucha gente. ¿Cómo lo hacían los japoneses para coger a las mujeres? No sé cómo lo hacían, si les daban trago o se las pescaban a la fuerza, no sé,

nunca me contaron nada. Tenían cuidado de contar esas cosas; no las contaban, no sabíamos qué pasaba”.

“Dicen que los cazadores de lobos nos hacían daño, que eran malos. En mi tiempo no pasaba ninguna cosa y todos eran como pescadores, viajeros, nada más”.

*“Antes dicen que robaban los cueros de lobo o cualquier cosa y además se violaban a la fuerza (**iek chiépsal**) a las mujeres. Eso tenían de malo. Yo lo alcancé a ver. Cuando fui al servicio militar ya habían terminado las violaciones”.*⁷⁹

Martín Gusinde explica que “nuestros indígenas parecen haber estado libres de cualquier enfermedad infecciosa hasta la época moderna; posiblemente recién las conocieron desde el primer contacto con los navegantes europeos. Las enfermedades venéreas se convirtieron en una epidemia generalizada desde la activa invasión de los cazadores de pieles chilenos y europeos y, junto con el alcohol, han llevado a la extinción al resistente pueblo halakwulup”.⁸⁰

En los kawésqar, de acuerdo con Martín Gusinde, era importante el **owurkan**, que "podría ser considerado como médico, shamán o sacerdote

79 VEGA DELGADO, CARLOS. **Cuando el cielo se oscurece**. Samán arkachoé. Editorial Ateli. Punta Arenas, Chile. 1995. pp. 53-60.

80 GUSINDE, MARTÍN. Op. Cit. p. 530.

encantador. Se ocupa, a saber, de las curas de males de salud, además de la predicción del tiempo y, finalmente, de la influencia espiritual sobre los pacientes".⁸¹ Achacaz no tiene recuerdos sobre esta materia. Gusinde agrega: "Ante todo y principalmente se espera que los médicos proporcionen alguna ayuda y alivio a los males de salud y dolores corporales. En este sentido, hay que entender la capacidad general que les atribuyen los miembros de la etnia, la cual Pedrito trató de explicarme claramente un día: "Nuestros médicos curan cualquier padecimiento corporal".⁸²

81 Op. Cit. p. 525.

82 Op. Cit. p. 527.



Kawésqar junto a su choza.

IX. LA MUERTE

1882:

*“Ese mismo año, durante los días 13 al 16 de noviembre, los doctores Hyades y Hänk del grupo Martial, capitán del barco de guerra francés “La Romanche” en misión científica al Cabo de Hornos, en ocasión del pasaje del planeta Venus sobre el sol, estudia el estado sanitario de la misión. Se destaca en primer lugar, que desde 1869, fecha de su fundación por Stirling, no ha sido visitada por ningún médico. De los 150 Yaghanes agrupados alrededor de la misión, 47 están enfermos y de éstos 47,33 tienen tuberculosis. Según el informe la mayoría de los niños ha nacido en la misión y los adultos tienen desde 4 a 15 años de residencia en la misma”.*⁸³

Este dato ilustra con claridad el resultado del confinamiento sobre la salud de los indios del archipiélago.

Otro tanto sucede cuando se instala en Río Grande la Misión Salesiana. El selk'nam recluido cae abatido por la misma enfermedad. En el informe se presume que la importación de la tisis se produce en 1881. También se constata la presencia de enfermedades venéreas, como blenorragia y sífilis, lo que muestra las relaciones sexuales de las mujeres del archipiélago con

⁸³

PENAZZO DE PENAZZO, NELLY IRIS Y PENAZZO, GUILLERMO TERCERO. Op. Cit.. p. 61

blancos infectados. Estas enfermedades afectan la futura reproducción de la etnia, que por éste y otros motivos hace decaer la demografía a niveles drásticos.

Gusinde dice que *“el fueguino se enfrenta a todo lo incierto con sorprendente indiferencia y tranquilo dominio sobre si mismo. Con los ojos abiertos, y sin demostrar miedo ni temor, es capaz de esperar la muerte. [...] Pues ni bien el individuo ve que ya no le queda escapatoria posible, se somete sin quejas y sin titubeos. Nunca se escucha que alguien lamente tener que dejar esta vida, aunque no conoce la forma existencial que entonces comenzará”*.⁸⁴

Casi todos morían de una muerte natural. Se puede asegurar que desde el contacto con el civilizado fue víctima de las epidemias que no tardaron en diezmarlos y extinguirlos en la mayoría de los casos, con excepción de los selk'nam que sufrieron un genocidio.

84 GUSINDE, MARTÍN. Op. Cit. p.1074.



Kawésqar con vestuario “civilizado”,
una de las causas de su fragilidad ante las nuevas enfermedades.

X. CONSIDERACIONES FINALES

La aportación de la medicina aborígen americana a la medicina moderna es un tema siempre apasionante, no sólo por su interés histórico, sino porque está siempre abierto a nuevas perspectivas.

Difícil es para nosotros comprender la forma en que funcionaba la medicina aborígen en América a la llegada de los europeos, pues ello estaba acorde con los distintos y variados grupos culturales.

Es casi generalidad, que la terapéutica tenía sus sustentos principales en la magia y el conocimiento práctico, pese que habían algunos pueblos más avanzados como aztecas, mayas e incas, que alcanzaron desenvolvimientos importantes y, muchas veces increíbles, en las terapias medicinales y en la cirugía.

Construyeron su cosmovisión particular y cosmología a través de sus culturas, relacionándose como partes integrantes de la naturaleza, al contrario de lo que acontece con el actual paradigma del progreso, donde el ser humano cree que todo se encuentra para su beneficio.

En Patagonia y Tierra del Fuego, los grupos forjaron sus propias tradiciones sobre la salud, la enfermedad y la muerte.

Los fenómenos de curación no pueden estar disociados del escenario simbólico del paciente, llámese, su cosmovisión. Así, por ejemplo, la demuestra la importantísima función que cumplían los chamanes en las sociedades originarias australes.

Creo que en el presente trabajo se ha podido establecer con bastante precisión la unión de los datos de los informantes y las crónicas históricas en una visión integral de la medicina en su contexto cultural, como el uso de las plantas, los fundamentos de su uso, sin aislarlos de la concepción totalizadora de salud de su marco cultural.

Cada medicina tiene el valor y la efectividad que le adjudica la cultura que la practica, y en la comprensión de esta validez radica el respeto a las diferencias. Porque:

"[...] la verdadera medicina es aquella que conviene y contiene a cada paciente particular [...] no existiría una verdadera medicina sino verdaderas medicinas. Algunas contarán con el sustento de la experiencia, otras se apoyarán en la historia cultural y social [...] ninguna es más o menos que otra, no existen diferencias cuantitativas ni cualitativas entre cada una de ellas, ya que todas buscan lo mismo a través de vías diferentes, que ni siquiera son divergentes. Lo único que pone a estas verdaderas medicinas en el mismo plano es la honestidad

con que se practican y la consigna prioritaria de, por lo menos, procurar no hacer daño [...]” (Sánchez Domenech 1997).

Lo concreto es que los pueblos de Fuego- Patagonia sobrevivieron miles de años con su chamanismo y conocimientos medicinales. De no haber tenido contacto con la civilización, seguramente continuarían circulando por los mares procelosos y las pampas infinitas del merición americano.



Tenenèsk, shamán háAws-selk'nam.

XI. BIBLIOGRAFÍA

- BELZA, JUAN E. En la isla del Fuego, 1º Encuentros. Publicación del Instituto de Investigaciones Históricas Tierra del Fuego, Buenos Aires, 1974.
- BRIDGES, E. LUCAS. El último confín de la tierra. Ediciones Marymar, Buenos Aires, Argentina, 1978.
- COON S. CARLETON. La Historia del Hombre. Ediciones Guadarrama, Madrid, España, 1968.
- CHAPMAN, ANNE. Los selk`nam. La vida de los onas. Emecé Editores. 1986. Bs. Aires.
- DE AGOSTINI, ALBERTO. Treinta Años en Tierra del Fuego. Ediciones Feuser, Buenos Aires, Argentina, 1955.
- D'ORBIGNY, ALCIDE. Viaje por América meridional. Tomo II. Emecé editores. Buenos Aires, Argentina. Año 1999.
- D'URVILLE, D'UMONT. Visita a los Tehuelches. Capítulo IX. Estadía en el Puerto Peckett y Partida del Estrecho, tomado de la obra "Viaje al Polo Sur" del Comandante D'Umont D'Urville. Publicado en Revista Impactos N° 62. Punta Arenas, noviembre de 1994.
- El Magallanes, 3 de octubre de 1897.
- Etnobiológica. Universidad Nacional del Nordeste. Facultad de Agronomía y Veterinaria. Corrientes, República Argentina. Estudios Etnobotánicos. IV. N° 3, febrero de 1968.
- GUSINDE, MARTÍN. Los Indios de la Tierra del Fuego. Tomo I. Vol. I. Los Selknam. Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires 1989.
- GUSINDE, MARTÍN. Los Indios de la Tierra del Fuego. Tomo II. Vol. II. Los Yámana. Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires 1989.
- GUSINDE, MARTÍN. Los Indios de la Tierra del Fuego. Tomo II. Vol. III. Los Yámana. Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires 1989.
- GUSINDE, MARTÍN. Los Indios de la Tierra del Fuego. Tomo III. Vol. I. Los Halakwulup. Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires 1989.
- GUSINDE, MARTÍN. Los Indios de la Tierra del Fuego. Tomo III. Vol. II. Los Halakwulup. Centro Argentino de Etnología Americana, Buenos Aires 1989.

- GUSINDE, MARTÍN. Los indios de la Tierra del Fuego, tomo III, volumen II,
- GUSINDE, MARTÍN. Mortandad de yámanas. Publicado en Revista Impactos N° 7. Punta Arenas, 1990.
- HYADES, PAUL. Notes sur l'hygiène et la médecine chez les fuégiens de l'archipel du Cap Horn. Libraire de L'Académie de médecine. Société de médecine publique et d'hygiène professionnelle. G. Masson, éditeur. Tome VI, N° 7, París, 1884.
- LAUSIC GLASINOVIC, SERGIO. Los aónikenk, cazadores de la estepa. Publicado en Revista Impactos N° 20. Editorial Ateli, Punta Arenas, 1991.
- LAUSIC GLASINOVIC, SERGIO. Los kaweshkar, primeros navegantes del estrecho. Publicado en Revista Impactos N° 17, Punta Arenas, 2 de febrero de 1991.
- LAUSIC GLASINOVIC, SERGIO. Gentes de la Patagonia. Editorial Ateli, Punta Arenas, 1994.
- LIPSCHUTZ, ALEJANDRO. El problema racial en la conquista de América. 1963.
- MARTINIC BEROS, MATEO. Los Aónikenk, historia y cultura. Ediciones Universidad de Magallanes, Punta Arenas, Chile, 1995.
- MIGONE, MARIO LUIS. Un héroe en la Patagonia. Apuntes Biográficos de Monseñor Fagnano Prefecto Apostólico de Magallanes, Tierra del Fuego e islas Malvinas. Librería del Colegio Pío IX, Buenos Aires, Argentina, 1935.
- MUSTERS, JORGE CH. Vida entre los Patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas desde el Estrecho de Magallanes hasta el río Negro. Solar/Hachette, Buenos Aires, 1964.
- PENAZZO DE PENAZZO, NELLY IRIS Y PENAZZO, GUILLERMO TERCERO. "Wot'n Documentos del genocidio Ona" (3 Tomos). Ediciones Arlequín de San Telmo. Argentina.
- PERICH SLATTER, JOSÉ. Extinción Indígena en la Patagonia, Talleres Gráficos Uteau y González Ltda., Punta Arenas, Chile. 1985. p. 21.
- VEGA DELGADO, CARLOS. Sombras de Fuego Patagonia. Editorial Ateli. Punta Arenas, Chile. 1992.
- VEGA DELGADO, CARLOS. Cuando el cielo se oscurece. Samán arkachoé. Editorial Ateli. Punta Arenas, Chile. 1995.